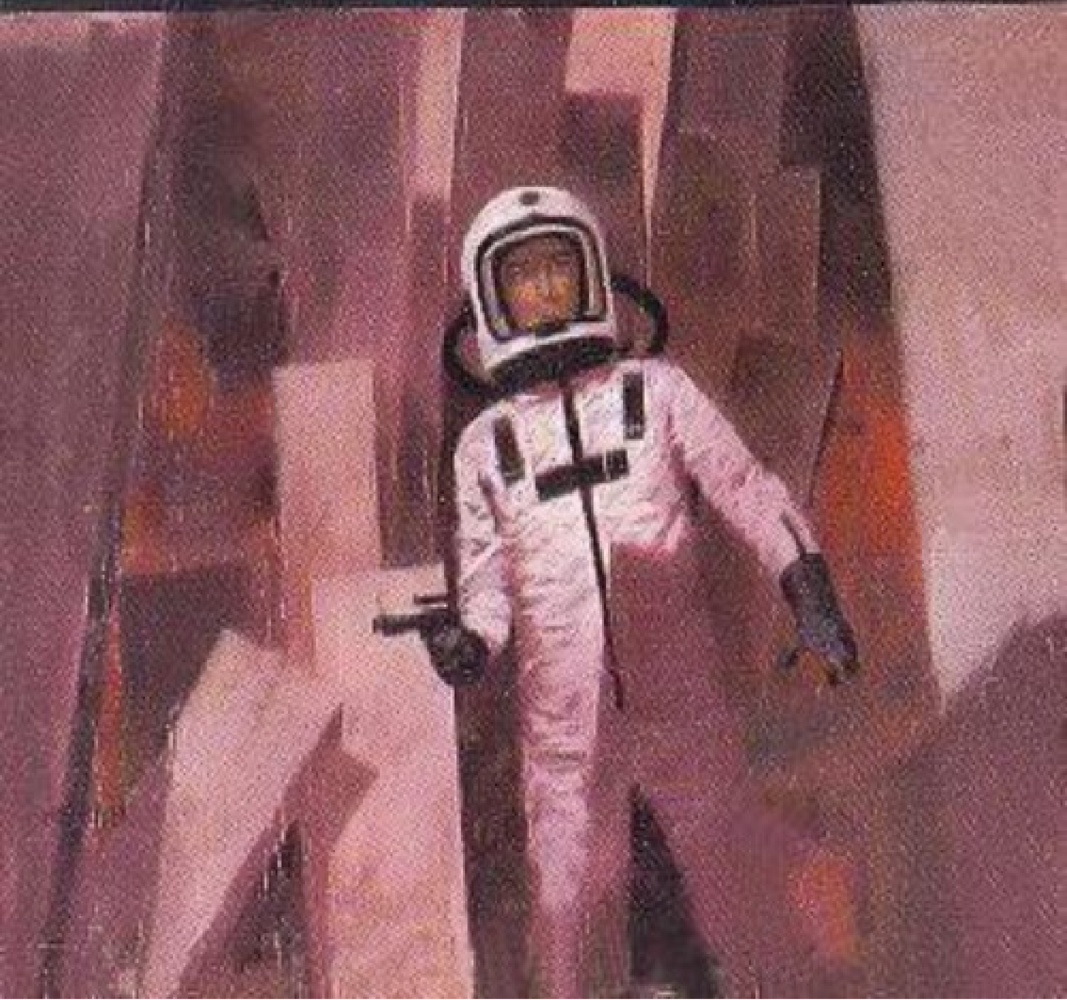
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del espacio

EL MONOLITO

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



Marcus Sidereo
EL MONOLITO
(1972)

Scan: Jack!2012

Editorial Bruguera

Col. La conquista del espacio nº120

* * *

CAPITULO PRIMERO

La nave avanzaba con monótona rutina por el espacio siempre azul. La rutina es monótona siempre. Quizá por ello el jefe del vuelo parecía aburrido, mientras permanecía tumbado en el sillón-tumbona contemplando el azul del paisaje a través de la bóveda acristalada de la nave.

Su segundo, M-46, cuidaba de vigilar la marcha de la nave.

— ¿Novedades? -preguntó el piloto. Aquello formaba parte también de la rutina.

El ayudante M-46 emitió un gruñido a través de su corpachón de acero que ocultaba una barriga llena de filamentos, baterías y diminutos computadores. Luego levantó uno de sus grandes brazos articulados como un viejo gorila aburrido también de tanta rutina.

— Entiendo. No hay novedades.

El robot se hallaba sentado en el asiento delantero y visto de cara semejaba un poderoso rey. Su aspecto frío y omnipotente quedaba realzado por aquella especie de corona que remataba su cabeza con un solo ojo visible, encendido siempre, como prueba de que estaba vivo. De que funcionaba.

Tenía docenas de ojos repartidos entre aquella faz uniforme, pero era invisible a las miradas de los seres reales. Para que se vieran hacía falta que M-46 captara un mensaje o tuviera algo que transmitir. Entonces obraba en consecuencia y daba luz a uno de aquellos puntitos invisibles, y su jefe conocía de este modo la clase de mensaje, la orden o lo que fuera que transmitiese.

El piloto Gemy no se movió de su posición y siempre en actitud aburrida continuó mirando el invariable aspecto exterior. Azul, azul, azul.

— Ojalá nos destinaran al planeta rojo otra vez. Allí es necesaria la escafandra para absorber el oxígeno necesario, pero al menos

pueden verse cosas distintas. Me gustaría saber cómo han quedado las investigaciones… Primero no hacían más de hacer conjeturas acerca de ese planeta y de repente se suspendieron todas las investigaciones… ¿Qué opinas, hermano?

Como si bajo el caparazón metálico del robot existiese un entendimiento capaz de comprender, M-46 emitió otro gruñido y levantó otra vez el brazo derecho perfectamente articulado.

— Nada. No opinas nada. No. Tampoco sirve. En ese momento el robot emitió un gruñido distinto y a continuación de alguna parte de su cuerpo surgieron j unos pitidos comparables a lo que un terrícola del siglo XX hubiese interpretado como una señal efectuada en alfabeto Morse.

Gemy descifró mentalmente.

— De acuerdo, M-46. Un mensaje… ¿Quién lo manda y para quién es?

Gemy se levantó y añadió:

— Anda, déjame sitio. -Y el robot se levantó, quedando en pie a la altura justa del techo transparente de la nave.

Gemy observó las señales que aparecían en la pantalla que de pronto se había iluminado sobre el pecho del mecánico ayudante.

Gemy descifró de nuevo:

— Mensaje para el doctor Dunkan. Secreto. Comprendido. ¿Cuál es el mensaje?

En la pantalla continuaron apareciendo los signos.

— Transmitir en clave Beta. Frecuencia Orion. K. Violeta 3934 ángstroms ([1])

.

— ¡Qué significa esto! -exclamó Gemy al ver que el robot daba por finalizado el mensaje.

Un punto diminuto de su rostro compacto se encendió.

— De acuerdo, hermano. Fin de mensaje. Repítelo. No he comprendido absolutamente nada.

El robot volvió a iluminar la pantalla tras emitir el ruido característico y de nuevo apareció aquel mensaje.

— Doctor Dunkan. Secreto. Transmitir en clave Beta. Frecconcia Orion. K. Violeta 3934 ángstroms… Sí, señor. Lo mismo que he leído la otra vez. Pero no lo entiendo. ¿Clave Orion? ¿Qué clave es

ésta?

El robot iluminó otro puntito cuyo significado Gemy comprendió perfectamente:

— De acuerdo, de acuerdo. Tú no lo sabes… Bien, ahora sepamos de quién ha partido el mensaje. Lo lógico es que lo pregunte el doctor en cuanto se lo transmitamos.

Como el robot permaneció impasible, Gemy le dio unas instrucciones en clave.

Como sería difícil expresar el complicado lenguaje, no exento de guarismos numéricos, basta conocer la respuesta del ayudante de metal:

— Secreto.

— ¡Vaya! Ya empezamos con los misterios del Klan. Mensaje secreto. Bien. No sabemos quién lo transmite/ I Qué importa! Sigamos la ruta. Tenemos todavía pendiente una parte del programa. Veamos la distancia que nos separa de Gleka.

Gemy consultó la pantalla de coordenadas de vuelo, pulsó un botón y obtuvo el resultado.

— Un millón -dijo en voz alta-. No está mal. Pronto estaremos en Gleka ([2])

.

La nave siguió su rumbo normal, tan monótono como, casi siempre en los rutinarios viajes de inspección, control y recepción de mensajes de los hermanos de otros habitáculos afines a la galaxia a la que correspondía el pequeño planeta cuyos moradores denominaban Gleka.

Por lo que se refería al vuelo, lo único que se salía de lo normal era el mensaje, y aun porque se había recibido como de «procedencia secreta» lo cual, en aquellos tiempos de paz, no era frecuente. Todo y con esto, no hacía presagiar grandes cambios en la vida del planeta.

Sin embargo, aquel mensaje que Gemy no comprendió iba a ser el principio de algo insólito, misterioso y sobre todo sumamente peligroso no sólo para Lenka, sino para los habitáculos hermanos.

CAPITULO II

Considerando que la velocidad de escape de Lenka era de 1,8 y los técnicos en astronáutica habían conseguido triplicar la velocidad de las naves, era perfectamente posible alcanzar los casi 6 kilómetros por segundo, contando siempre en medidas de sistema métrico, lo que permitía salvar la distancia de 190.000 kilómetros en poco más de 8 horas.

Con el sistema de cálculos de tiempo de Lenka la distancia quedaba todavía más reducida por lo que Gemy pudo tomar tierra en la base poco tiempo después, tras haber completado su programa de vuelo.

Pasó a informar al jefe de la base.

— Una sola novedad. Mensaje secreto para el doctor Dunkan.

— ¿Secreto?

— Eso es.

— Bien. Transmítelo personalmente. ¡Hasta tu próximo tumo! Está expuesto en el gráfico.

— Bien, jefe. Quiero pedirle un favor. Tengo mi desplazador automático averiado. Pensaba echarle un vistazo hoy mismo. Se ha desprendido algo y no sé lo que es…

— De acuerdo, de acuerdo, Gemy. Utiliza mi desplazados Yo tengo guardia y no voy a necesitarlo, pero no te olvides de devolvérmelo.

— ¡Oh! Claro que no… A propósito.

El jefe lanzó un bufido. Tenía trabajo en la revisión del control de los vuelos en la gran sala piloto de la quinta base y allí estaba Gemy dándole la lata con sus cosas.

— Suéltalo, Gemy. ¿Qué más quieres ahora?

— Para arreglar mi cacharro. Si pudiese llevarme al hermano…

— ¿Eh?

— M-42. Es como un hermano. Se encariña uno con ellos. Es mañoso, habilidoso y listo.

— Escucha, Gemy, los ayudantes-pilotos no pueden ser sacados de la base si no es en función de un servicio para el que fueron creados. Tú lo sabes.

— Bueno, bueno, olvídalo.

— Un robot no es un criado. Métetelo en la cabeza.

— A M-42 no le gustaría oír esto. El está contento conmigo.

— Deja de decir tonterías… Tengo que hacer.

— Gracias por el desplazador -repuso el piloto alejándose de la sala piloto donde la gran pantalla reflejaba la posición exacta de las naves y recibía y transmitía mensajes a los hermanos de los habitáculos vecinos.

Gemy, con su traje impermeabilizado de una sola pieza, que cubría su persona de aspecto normal, y altura standard entre los habitantes del planeta (unos dos metros cinco centímetros) se dirigió a la plataforma donde se hallaban aparcados los desplazadores del personal de la base.

La plataforma estaba en un piso elevado del edificio y los desplazadores alineados esperaban a sus dueños. Eran vehículos de dos plazas. Una delantera y otra detrás. Estaban construidos de material blando, no había ni un solo adorno y por supuesto nada cortante en su interior. Poseían tres pequeñas ruedas principales y el resto de los bajos era una plataforma de bolas que permitía el desplazamiento en todas direcciones. Las ruedas eran utilizadas solamente en los casos que era preciso volar, por lo que para rodar por la superficie, se escondían como en los antiguos trenes de aterrizaje. Las dobles puertas eran correderas y llevaba a la cola dos alas plegadas casi verticales que daban un aspecto más aerodinámico al pequeño vehículo utilitario del planeta, pero no se había diseñado de aquella forma por pura coquetería. Las alas podían desplegarse y entonces realizaban su auténtica función para vuelos bajos.

En fin, el pequeño vehículo iba propulsado por cargas de uranio. Su manejo era simple. Botón de arranque y freno de emergencia. El desplazador se autoconducía a sí mismo.

Gemy salió a escape. Salió en cuanto hubo obtenido el aviso de vía libre.

Le bastó un segundo para recorrer los primeros cinco kilómetros, que lo alejaron de la base. Dio órdenes al selector de carriles dando las señas del doctor Dunkan. Nada más. El desplazador esperó la señal de vía libre y eligiendo el carril más conveniente, dejó a Gemy frente al laboratorio oficial donde el doctor trabajaba para el Klan.

— Mensaje para usted, doctor. Recibido a bordo de mi nave. Secreto. Tome nota.

Y repitió de memoria las instrucciones.

— Clave Beta. Frecuencia Orion K. Violeta 3934 ángstroms.

Dunkan, veterano de la ciencia, individuo de aspecto reposado y ennoblecido se puso en pie cambiando fugazmente de aspecto.

— ¿Estás seguro que éste es el mensaje?

— Completamente. M-46 lo tiene grabado en su memo-rizador.

— ¿Has hablado con alguien?

— No, doctor. Es secreto.

— Sí, claro. He hecho una pregunta tonta. No te ofendas.

— ¡Oh, no, doctor! Yo no me ofendo. Comprendo que debe tratarse de algo importante… -Y tras una pausa añadió curioso-: ¿Es de importancia para Lenka, doctor?

— Olvídalo, Gemy. Olvida lo que me has dicho.

— ¿Se trata de algo realmente grave? -inquirió.el piloto.

— No. No… Pero conviene que lo olvides. -Y el doctor miró fijamente al piloto. Sus ojos parecieron cobrar un poder especial, capaz de dominar a un semejante, de someterle a su voluntad.

— Lo olvidaré, doctor Dunkan… Pero me parece recordar que la frecuencia Orion pertenecía a las investigaciones de…

— ¡He dicho que lo olvides…!

El dominio de la mirada del médico era total. Gemy parpadeó.

— No es necesario que haga esto, doctor… -Sí lo es. Calla y atiende…

Gemy sabía que Dunkan utilizaba aquel sentido especial que permitía borrar de la mente todo aquello que no se deseaba fuese recordado.

Gemy no quería someterse, pero ya era tarde. La breve sesión duró sólo segundos. Gemy cerró los ojos y volvió a abrirlos.

Sabía perfectamente lo que había ocurrido, sin embargo ya no recordaba absolutamente nada del mensaje, ni una sola palabra.

Cuando salió pensó que no volvería a pensar más en aquello,

pero no iba a pasar mucho tiempo sin que un nuevo suceso volviera a recordarle el mensaje.

Fue cuando apenas había llegado a su residencia privada.

CAPITULO III

Nadie supo exactamente lo que había ocurrido, pero en la base todos pudieron oír la explosión.

En la pantalla de control apareció el punto exacto dónde había surgido el estallido.

— ¡En la sala de ayudantes! -dijo alguien.

La guardia de la base quinta y el personal de emergencias corrieron a lo largo del corredor metalizado mientras sonaban las sirenas de alarma.

El jefe de la base Robko daba órdenes a través de las pantallas. Su rostro aparecía en todos los rincones de la base.

— Explosión en sala de ayudantes. Que nadie salga de sus puestos. Todo el personal de emergencia y socorro que se dirija a la sala. Se han cerrado las puertas y están dispuestas las defensas.

En un segundo la base se había organizado. Cuando ocurría algo y en los primeros momentos no se sabía lo que era se tomaban toda clase de medidas, especialmente las de socorro y seguridad.

Robko permaneció en contacto con el personal de emergencia que podía ver a través de las innumerables pantallas de la sala-piloto.

Los guardianes fueron los primeros en cruzar la puerta de seguridad de la sala de ayudantes.

Había fuego. Un pequeño reducto tan sólo entre los ayudantes-pilotos.

Todos seguían inmóviles. Desconectados de sus funciones, cada cual con su distintivo en aquella especie de corona que remataba su estatura. M-2, M-27… Faltaban de los ciento y tantos unos pocos que se hallaban en las salas de control para su verificación periódica.

Uno de los guardias recogió un pedazo de metal en el suelo.

— ¡Ha estallado uno de los ayudantes! -Nadie les llamaba robots.

Y en seguida el guardián, mostrando el pedazo de metal en el que estaba inserto el «nombre», añadió:

— Es el M42. Ha estallado el M-42.

Las emergencias nunca se dejaban para el día siguiente. La sala de técnicos se reunió al instante. Las causas fueron examinadas, y los datos extraídos pasaron por las computadoras.

Robko supo en seguida el extraño resultado de las pesquisas:

— M42 funcionaba perfectamente. Las consecuencias de la explosión han sido motivadas por un elemento extraño a su mecanismo.

— ¿Elemento extraño? -repitió Robko.

— ¿Cuándo hizo su último servicio M42?

— Hace poco. Lo tenía asignado el piloto Gemy,

— Consulte el informe del vuelo -repuso uno de los técnicos-. Puede que haya ocurrido algo durante el vuelo…

— Han hablado de un elemento extraño, ajeno a la estructura de M-42. ¿No es eso?

— Sí, exactamente -repuso otro de los reunidos.

— No he registrado nada. La pantalla piloto anota los más ínfimos detalles. Me habría dado cuenta.

— No puede ser otra causa. Por sí solo no podía estallar -repuso el jefe del elemento técnico. Y a continuación sugirió-: Hable con el piloto.

— Ya pensaba hacerlo, pero… ¿están completamente seguros de que no pudo ser volado expresamente?

— ¿Qué piensas, Robko? -sonrió el jefe técnico-. ¿En un ataque? ¿A un ayudante determinado y en nuestra propia base?

— No. Esto es absurdo, claro.

— Te toca a ti investigar, Robko. Y no lo demores. Esto podría ser grave. Si un elemento extraño puede introducirse en el mecanismo de nuestros ayudantes sin que ningún registro de datos lo detecte…, alguien podría haber encontrado un arma terriblemente eficaz.

— Sí. En esto estoy pensando. Gracias, señores.

Robko pasó inmediatamente al puesto control-piloto para llamar a Gemy.

La llamada pilló a Gemy en su pequeño taller tratando de arreglar lo que él llamaba su cacharro.

Algo funcionaba mal en el mecanismo de su desplazador cuando recibió la señal a través del tubo.

El tubo venía a ser, como su palabra indica, el conducto por el cual se podía hablar a distancia al tiempo que la pantalla transmitía la imagen del comunicante. Gemy captó la orden de presentarse inmediatamente y así, en breves momentos, frente a su jefe conoció la noticia.

— ¿Quieres decir que… mi M-42 ya no existe? -Es exactamente lo que te he dicho, Gemy. -No puedo creerlo. Es… inaudito. ¿Pero cómo ha podido ocurrir?

— Es lo que estamos tratando de averiguar. Procura recordar los incidentes del vuelo.

— Todo está registrado y transmitido al instante.

— ¿No se te ha ocurrido salir al exterior ni una sola vez para realizar un paseo espacial a los que tan aficionado eres?

— ¡Claro que no! Yo cumplo siempre las instrucciones.

— No siempre…

— Bueno… Ya senté la cabeza, Robko. Prometí portarme bien. No más locuras…

— Sin embargo cuando regresaste recuerdo que me pediste a M42.

— Ya te dije que era para arreglar mi cacharro.

— ¿Sólo por esto?

— No comprendo nada, Robko. Tú me conoces. ¿Es que me acusas de algo?

El jefe lanzó un bufido.

En Lenka no estaban acostumbrados a las incógnitas. Todo se resolvía de forma automática. Casi nunca sucedía nada fuera de lo previsto.

— Los técnicos aseguran de que ha sido un objeto extraño lo que ha provocado la explosión «dentro del mecanismo». ¿Comprende?

— No… ¡Espera! -Trató de recordar algo.

— ¿Qué se te ocurre?

Pensaba en el mensaje recibido con destino al doctor Dunkan. El extraño mensaje que en su momento el propio doctor le había «borrado» de su cerebro.

— No. No es nada importante.

— Yo decidiré si es importante o no lo es. Así que dime lo que se te ha ocurrido. Cualquier detalle puede ser de vital importancia.

Gemy guardó silencio.

Se atenía a las reglas. Si un mensaje era secreto no podía divulgarlo, ni siquiera expresar sospecha hacia la persona a la qué iba dirigido, a menos que pudiera existir riesgo para la seguridad del planeta.

Si en aquellos momentos, él no podía recordar en absoluto el mensaje por haberle sido «borrado», recordaba perfectamente su existencia y la actitud grave de Dunkan al recibirlo de sus propios labios; recordaba también cómo le había sido «borrado», pero en definitiva, tanto la actitud de Dunkan como el acto de hacer desaparecer de su mente las palabras del mensaje sin formar parte del secreto entraban de lleno en su terreno. Eran una pequeña porción del todo y si no por obligación, por ética debía callarlo. En todo caso le correspondía a él averiguar todo lo posible al respecto.

— Dame unos momentos. Quizá pueda decirte algo. Es una cuestión de disciplina…

Robko comprendió.

— Está bien, pero piensa que no debes ocultar nada. Algo ha destruido a uno de los ayudantes. En el Klan se me pedirán resultados inmediatos. Este puede ser un caso de emergencia.

— Lo comprendo perfectamente -repuso Gemy y se dispuso a dirigirse al laboratorio del Klan.

— Lo siento -dijo uno de sus ayudantes-. Dunkan ha salido hace bastante rato.

— ¿Sabe si está en su domicilio particular? -preguntó Gemy.

— No lo ha dicho.

El desplazador le llevó en breves instantes a la residencia privada del doctor Dunkan, en la zona residencial, compuesta por los abovedados bungalows de material translúcido, separados de floreadas veredas que constituían jardines auténticamente tropicales pese al clima siempre estático de Lenka, templado por excelencia.

Munia, la hija de Dunkan, abrió la puerta al piloto con ademán de ir a echársele al cuello alegremente, pero retrocedió al comprobar que no era la persona que ella esperaba.

— Creí que era mi… ¿Qué quieres?

— Necesito hablar con el doctor Dunkan.

— Papá no ha venido todavía.

Apareció la esposa del doctor.

También ella pensó encontrar al dueño del bungalow y le extrañó la presencia del piloto.

— ¿Ocurre algo?

— Se trata de un asunto privado -explicó el piloto-. Necesito hablar con el doctor.

— Está en el laboratorio. Hoy no tenía que ir a ningún sitio.

— En el laboratorio no está. He ido antes.

Madre e hija cambiaron una mirada de extrañeza.

— Bueno. El caso es que necesito hablarle con urgencia. Si se les ocurre dónde puedo encontrarle… Mi señal de identificación es K-27… -Era el número que figuraba en el receptor portátil que todo habitante de Lenka llevaba siempre consigo-. Por favor. En seguida que regrese díganle que se ponga en contacto conmigo.

Hubo una nueva mirada de extrañeza por parte de las dos féminas. Gemy se despidió.

La esposa de Dunkan quiso saber aún:

— ¿De veras no ha ocurrido nada?

— Nada que yo pueda explicar -fue la última respuesta del piloto.

Apenas el joven se hubo ido, la mujer comprobó, mediante una rápida llamada que, en efecto, el doctor no estaba en el laboratorio.

Gemy, entretanto puso rumbo al sector experimental. La vigilada base reservada a los médicos que hacía sus experimentos o demostraciones por cuenta del Klan estaba sometida a una estrecha vigilancia.

Gemy se detuvo ante el control detector de. la entrada.

— Identifíquese -dijo una voz a través de un trasmisor.

— Piloto Gemy de la Quinta Base. Necesito hablar con urgencia con el doctor Dunkan.

La respuesta fue tan rápida como categórica:

— El doctor Dunkan no está en la base experimental.

Gemy estaba desconcertado. ¿Dónde demonios se había metido el doctor? No se hallaba en el laboratorio, ni en su casa, ni en la base experimental… ¿Dónde podía estar?

No podía perder demasiado tiempo. Era necesario decir algo a

Robko que estaría aguardando con impaciencia.

Sonó el silbido anunciador de que alguien deseaba hablarle. Tomó su receptor de bolsillo con la esperanza de que fuera Dunkan, pero en seguida comprobó que se trataba de la impaciente voz de su jefe.

— ¿Qué hay de nuevo, Gemy?

— Nada. Lo siento.

— ¿Qué es lo que ocultas?

— Se trata de un secreto.

— ¿Qué clase de secreto?

— Necesito ver a una persona.

— ¿Dónde estás ahora? ¡No contestes! Puedo verte.

Sí. Era fácil verle porque estaba utilizando el desplazador de Robko donde tenía instalada la lente que permitía detectarle a través de la pantalla.

Así Robko pudo ver el lugar donde se hallaba su subordinado.

— Regresa inmediatamente -ordenó el jefe.

— ¡Al instante! -repuso Gemy de mala gana.

CAPITULO IV

— ¿Buscas a Dunkan, verdad? -espetó de entrada Robko.

— Sí.

— He recordado de pronto que trajiste un mensaje para él…

Gemy asintió.

— Un mensaje secreto.

— Lo dije al llegar.

— Un mensaje que había quedado impreso en el memorizador de M-42.

— Sí.

— Y has pensado de pronto que la destrucción dé M42 podía tener algo que ver con este mensaje. ¿No es así?

Gemy asintió una vez más,

— No puedo preguntarte qué clase de mensaje era puesto que es secreto. No obstante tendré que informar de ello al Klan. Acaban de llamarme. Quieren el máximo número de datos posible. No te muevas. Puedo necesitarte.

— Robko. La única persona que puede decir algo es el propio doctor. Y no lo he encontrado en ninguna parte.

— Pero tú conoces el mensaje.

— No, Robko. No recuerdo nada.

— ¿Eeeh?

Gemy negó con la cabeza y su jefe creyó comprender.

— Esperemos que no sea nada serio -murmuró Robko dirigiéndose ya hacía el desplazador para ir al edificio del Klan.

Pero entretanto, la esposa de Dunkan, alarmada por no encontrar a su marido en los lugares habituales, había llamado a la dirección general de investigaciones.

El profesor jefe, amigo de la familia, también ignoraba el posible paradero de Dunkan y ante la tribulación de la mujer, decidió

avisar a la autoridad.

Las fuerzas se movilizaron con la rapidezˆ que caracterizaba todas las acciones del planeta.

En poco tiempo, y tras las llamadas a la señal privada del doctor Dunkan, que resultaron infructuosas, el informe fue tajante:

— Dunkan ha desaparecido.

La noticia, apareció en todos los hogares.

Dunkan era lo suficiente conocido como para que su desaparición no constituyera una noticia importante.

Noticia que llegó también a los miembros del Klan, reunidos en presencia del jefe Robko que había explicado todo lo que sabía relativo a la explosión del robot M-42.

Fue el propio jefe, el Magnífico Supremo del planeta Quien ordenó:

— Quiero ver a ese piloto, Gemy. Que venga inmediatamente.

* * *

Gemy fue recibido poco después. Entró con paso marcial y se plantó erguido frente al Magnífico Supremo del Klan.

— Puedes sentarte, piloto Gemy -dijo la voz grave del Magnífico.

Gemy tomó asiento junto a Robko y uno de los consejeros entró en materia inmediatamente.

Al concluir, el consejero aventuró:

— Nos hallamos ante un posible secuestro. Es, por tanto, de vital importancia y, sin embargo, está claro que sólo fue una trampa para atraerle a algún lugar.

— ¿Pero cómo pudieron hacer estallar al ayudante M-42? -inquirió el Magnífico-. Porque ya no cabe duda de que quienquiera que Jo haya hecho ha querido suprimir un testigo: El único que podía reproducir el mensaje captado.

No hubo respuesta. Nadie podía contestar a la pregunta del consejero, porque si misterio era la desaparición de Dunkan, igualmente lo era la explosión del robot.

* * *

— Disculpen si les molesto otra vez -dijo Gemy a Munia cuando volvió a abrirle la puerta-. Soy Gemy.

— Le recuerdo, pase si quiere -dijo la muchacha.

Al fondo, en la estancia principal del bungalow, frente a uno de

los blandos asientos standard, en actitud ausente y estática se hallaba la esposa del desaparecido doctor.

— No es misión mía investigar… Pero tengo motivos para hacerlo. Si pudieran ayudarme…

— Qué más quisiéramos -repuso Munia.

— Quizá puedan orientarme con respecto a… sus actividades. Puede que últimamente estuviese preocupado por algo.

— No hablamos nunca de su trabajo -repuso la hija.

— ¿Tenía contactos con el exterior?

— ¿Con algún planeta hermano quiere decir?

— Sí, algo así.

Intervino la madre de Munia para decir:

— Cuando se trataba de cosas secretas, nosotras no sabíamos nada.

— Comprendo.

Munia adujo:

— Durante algún tiempo trabajó en el proyecto Orion.

— ¿Orion? ¿El planeta rojo?

— Es así como le llaman.

— Yo estuve en Orion una vez. Allí no hay nada. Di un informe completo. Otros compañeros fueron y coincidimos todos en lo mismo. Sé que se elaboró un proyecto, pero creí que… Bien. Gracias por su información. De veras me gustaría averiguar dónde está el doctor Dunkan.

Salió de la morada de las dos mujeres pensando en aquel proyecto que ya creía desterrado: Orion.

CAPITULO V

Robko lanzó un bufido. Era una forma de reprochar lo que Gemy estaba haciendo.

— ¿Quién te ha ordenado que investigaras? Este no es asunto tuyo.

— Escucha, Robko. Tú y yo siempre nos hemos entendido bien…

— Este es un asunto oficial y serio y debo recordarte que soy tu superior y de cualquier cosa que hagas fuera de la base tengo qué responder ˆpersonalmente ante el Magnífico.

— Pero… ¿Y los mandos intermedios? ¿Por qué el Magnífico? Esto quiere decir que se trata de un asunto serio.

— No hagas más preguntas.

— Robko. Yo llevé un mensaje a Dunkan. ¿Recuerdas? ¡El me lo borró de la mente! No recuerdo nada absolutamente. Fui yo quien llevé el mensaje… Yo conocía un poco a Dunkan. Sobre todo a Munia. Ahora ella quiere saber dónde está su padre, y yo daría cualquier cosa por recordar ese mensaje.

— Sí. Eso sería muy importante.

— ¡Destruyeron a M-42!

— M42 era sólo un robot. Si a nosotros nos preocupa es por el sistema usado. Si ha volado a uno pueden volarlos a todos…

— Claro, pero uno se encariña con esos seres. Yo era el primer escéptico… Pero al fin me convencí que en! esos vuelos interminables suponen una gran compañía! y a veces incluso pienso que acaban por entenderte aun j sin hablar… comprendiéndote. ¿Sabes lo que quiero decir?

— Eso son tonterías…

— ¿En qué se basaba el proyecto Orion concretamente, Robko? -espetó Gemy de pronto.

— No hagas preguntas a las que no puedo contestar. Y no

comentes este caso con nadie. Ya hemos dado instrucciones a la esposa de Dunkan y a su hija para que no hablen con nadie de la desaparición del doctor.

— ¿Crees que es fácil ocultarlo?

— Oficialmente está en misión secreta. No queremos! que cunda el pánico. En cuanto a ti preséntate a la base de despegue. Tu nave está lista. Te he asignado a M-80.J Espero que hagas buenas migas con él -añadió Robko medio bromeando.

— Creí que tendría descanso.

— No lo tienes. Es necesario intensificar la vigilancia. Pura rutina.

— ¿Pura rutina, eh? ¿Y qué es lo que vigilamos? -Tú observa y anota datos. M-80 cuidará de registrar todos los datos de vuelo. Eso es todo.

— Hasta la vista, Robko -repuso Gemy de mala gana.

El piloto comprendía que si el jefe de la base no era más explícito con él se debía a que cumplía estrictamente las órdenes recibidas, pero él -Gemy- tenía la impresión de que el asunto de la desaparición de Dunkan era algo que preocupaba seriamente a los jefes. No por la desaparición en sí, que ya hubiese preocupado por lo que de eminencia tenía Dunkan como medicó, sino por las consecuencias que parecían desprenderse en la forma de producirse el hecho.

Y Gemy se preguntaba además: ¿Por qué quiso que aquel mensaje no pudiera ser leído por nadie? La destrucción de M-42 era una buena prueba de ello.

Gemy, sentado ya en el sillón poltrona de su aparato, examinó al metálico M-80.

— Te pareces a él, hermano. Pero no eres él. Pórtate bien. ¿Listo todo para el despegue?

M-80 emitió un silbido y dio el encendido a algunas luces de la parte superior de su cabeza. Todo estaba listo.

La nave despegó con la velocidad de escape precisa para salir de la zona de atracción del habitáculo. Lo hizo en sentido vertical y pronto desapareció del campo visual para ser detectado únicamente como un punto luminoso en la gran pantalla de la sala de control de la quinta base.

Otras naves con otros pilotos a bordo y sus correspondientes

ayudantes tripulaban los espacios convirtiéndose en insignificantes lucecitas en la pantalla central.

Eran los llamados vuelos de rutina. Pero, ¿qué se vigilaba concretamente?

De nuevo a Gemy le vino a la memoria el proyecto Orion y recordó su incursión en el planeta.

No hacía mucho tiempo de aquello, sin embargo no recordaba que hubiese ocurrido nada extraordinario…

Fueron tres las naves que partieron. El pilotaba el bólido de mando y tenía una misión concreta…

CAPITULO VI

Gemy, mientras proseguía el vuelo, recordaba su incursión al planeta rojo.

Robko le había dado las instrucciones personalmente y lo único específico de su misión fue el encargo de-regresar con materiales de Orion.

— Nos interesan especialmente las piedras monolíticas -le había recomendado el jefe de la base.

Al frente de la formación, Gemy hizo el viaje sin que sucediese nada anormal.

Iba provisto de un traje especial a prueba de irradiaciones y totalmente climatizado. Ningún cambio de temperatura podía preocuparle mientras llevara aquella vestimenta.

La escafandra provista del respiradero le permitía pasar un tiempo limitado en el planeta usando de su propio oxígeno. La simplicidad de todo el atuendo le permitía una gran agilidad.

Las armas para posibles ataques eran las normales. Pistola de rayos y fusil corto de largo alcance que disparaba materia corrosiva. E1 fusil permitía taladrar bloques graníticos y los más duros metales conocidos.

Los transmisores de larga distancia permitían a cada miembro de la expedición alejarse al máximo de sus respectivos bólidos y transmitir a través de ellos a sus ayudantes.

En aquel entonces, Gemy contaba todavía con M-42. Siguiendo con sus recuerdos, Gemy se veía a sí mismo dando instrucciones a sus compañeros cuando a través de la transparente bóveda de la nave divisó el color rojo.

Era un extraño resplandor que del azul intenso normal en el cosmos, pasó primero a un violeta tenue que se hizo más intenso hasta degenerar en rojo.

Bastaba mirar a través de los lentes aproximadores para ver una gran mancha roja al fondo.

Luego en la pantalla se indicaba la zona de atracción de Orion.

— Hermanos, hemos llegado -dijo, y acto seguido indicó el punto exacto de la toma de contacto con el planeta.

— Coordenadas B-l -III-C. Comprueben longitudes de onda.

— Rojo 39-34 ángstroms -repuso uno de los compañeros desde su nave.

El tercer expedicionario dio su conformidad repitiendo la misma longitud de onda que quedó anotada en los datos de vuelo.

Descendieron en la superficie del planeta.

Aquella luz roja que desprendía persistía pero en seguida los astronautas pudieron comprobar que no procedía de ningún lugar determinado. La piedra granítica, el fino polvillo de la superficie, las grandes rocas, todo era totalmente opaco de un color violáceo.

Gemy recordó haber dicho a sus compañeros:

— Debe recibir una especie de luz indirecta de dos astros «contrapuestos. Influencia del azul de nuestra galaxia con la de otra desconocida.

Los demás fueron de la misma opinión.

Luego en su recorrido por la superficie de Orion no hallaron más que piedra y polvo. Rocas erosionadas y abundantes llanuras que se prodigaban mucho más que las pequeñas colinas.

El silencio y la desolación eran generales. No se oía nada; sin embargo, a través del aparato que medía la temperatura, Gemy comprobó que el ambiente era parecido al de Gleka, aunque no existía el menor asomo de oxígeno. No era posible vivir en cuanto a atmósfera, pero k sí en lo referente a la temperatura.

Fue entonces cuando M42 emitió una señal y Gemy tradujo inmediatamente:

— ¡Peligro!

Los otros dos ayudantes metálicos correspondientes a los compañeros de Gemy detectaron la misma señal con un leve retraso. Quizá esa fue una de las razones por la que Gemy siempre sintió admiración por su compañero metálico.

— Tendrán que insuflar vitaminas a vuestros robots -bromeó.

Recordaba también que al regresar, se hizo una comprobación con los reflejos de los robots y sólo algunos adelantaban los

acontecimientos, como si su cerebro metálico hubiese cobrado vida propia queriendo distinguirse de los demás.

Pero esto era una simple anécdota. Seguían en el planeta rojo y Gemy consultó:

— ¿Clase de peligro?

Su M-42 respondió:

— Desconocido.

— Consultad vosotros -pidió a sus compañeros. Las respuestas fueron:

— Radiactividad desconocida.

— Desconocido.

— ¿Regresamos?

— Estamos llegando a la zona de las piedras monolíticas. Avanzaremos un poco más.

El peligro existía pero ninguno de los robots -que seguían la operación desde las distintas naves- había hecho indicación de «Peligro Límite».

Así llegaron a los aledaños de la zona monolítica. Tomaron una piedra que expresado su tamaño en las antiguas medidas del planeta Tierra, tendría unos ochenta centímetros de largo, por un cuadrado de 12 centímetros aproximadamente. La piedra era totalmente lisa, sin grietas ni salientes, los lados casi cortaban, pero lo más notable de aquella- muestra era que carecía de peso.

— ¡Es extraordinario! -exclamó uno de los compañeros de Gemy-. ¡Uno podría llevar toda la montaña a cuestas sin notar nada…!

Se la llevaron justo en el momento en que los tres robots al mismo tiempo anunciaron:

— ¡Peligro Límite!

Gemy sacó la pistola taladrando entre la violácea luminosidad.

Su M-42 insistía igual que los demás.

— ¡Peligro Límite!

— ¡Retrocedamos! -dijo alguien.

Recorrieron un trecho con la misma indicación.

— ¡Es la piedra monolítica! -dijo alguien-. ¡Llevamos el peligro con nosotros!

El que la llevaba la soltó y los robots dejaron de transmitir.

— ¿Una simple piedra? -murmuró Gemy como para sí. Y volvió

a tomarla.

— ¡Cuidado! -le advirtieron.

Pero en aquella ocasión su M42 no hizo señal alguna.

— No puede ser la piedra -terció Gemy-. ¿Os dais cuenta? Cesó el peligro.

El piloto jefe pasó el monolito a uno de sus compañeros y regresó.

— Esto puede estar en el suelo. En algunas zonas. Intentaré ver lo que descubro…

Recorrió una ancha franja de terreno, tanto por encima de las piedras como por el lado del fino polvo, pero en ningún momento volvió a producirse la situación de peligro.

Esto fue todo… O casi todo, porque a la hora del regreso, Gemy hizo otro descubrimiento.

Según los datos, la superficie del planeta era inferior a la de Gleka, lo cual podía comprobarse mirando tan sólo el horizonte más que limitado, por tanto la velocidad de escape con mucho tenía que ser de 2,4. No obstante en las indicaciones para el despegue, registradas en la pantalla de cada una de las naves, marcaba! una velocidad 620.

— ¿Veis lo mismo que yo? -preguntó Gemy. -620.

— Igual.

— Entonces no hay error posible. Gemy consultó a M-42.

— 620 -fue la respuesta.

Las naves estaban perfectamente equipadas para aquella clase de emergencias. Por lo tanto, no fue obstáculo alguno alcanzar los 620 kilómetros por segundo de velocidad para escapar de la fuerza distracción] del planeta.

Todo quedó anotado y registrado y con los datos aportados al regreso, se procedió al estudio. i

En realidad no podía hablarse de anormalidades ya que el viaje, aquel primer viaje a. Orion, se había realizado con menos inconvenientes de los previstos.

Las consecuencias de aquel viaje, tras el estudio de la piedra monolítica y los datos de vuelo y estancia en el planeta, desencadenaron la confección del llamado proyecto Orion. Proyecto supersecreto, del que solo tenían noticia muy pocos de su existencia, y únicamente algunos científicos trabajaban en él. Por

tanto Gemy, del proyecto, sólo sabía el nombre y nada más. Lo que se escondía detrás de aquel nombre sólo estaban enterados los que lo habían elaborado. ¿En qué consistía el proyecto?

Eso es lo que seguía pensando tras sus recuerdos del viaje a Orion.

CAPITULO VII

Gemy volvió a la realidad. Lo que acababa de recordar no le aportaba ningún dato interesante.

La información que se había dado con respecto al viaje era nula:

«Orion es un planeta muerto. Se investiga si en otro tiempo pudo existir alguna forma de vida.

»La piedra monolítica traída desde Orion, no ha aportado datos de interés. Es piedra mineral, de color rosado.

»En el planeta todo adquiere un tono violáceo, pero fuera de su ambiente los objetos recobran el color normal.

»Los pilotos encargados de la misión, vieron igualmente teñidos sus trajes espaciales durante su estancia en el planeta y zonas de influencia. Se estudia también la procedencia de esa extraña luz, totalmente opaca.»

Nada pues de aquella información hacía presumir grandes descubrimientos. El proyecto Orion, para los que tenían conocimiento de él, parecía tratar únicamente del fenómeno de la luz y del estudio sobre la vida del mismo.

Pero…

A la vista de las circunstancias Gemy se preguntaba:

— Dunkan trabajó en este proyecto supersecreto del que ni siquiera Robko puede informarme… ¿Tendrá algo que ver su desaparición?

Aquella sospecha no le daba sosiego, pero se había! comprometido a no hablar de ello con nadie y persistía la orden de mantener secretos los mensajes. Por ello, Gemy no pudo enterarse de que otro de los pilotos que patrullaba por la zona asignada acababa de recibir uno de aquellos mensajes.

Se trataba del piloto Rebus, uno de los que hizo el viaje a Orion con Gemy.

Rebus, en aquellos momentos, captaba el mensaje:

— «Para el profesor Kox. Procedencia desconocida. Transmitir clave Beta. Frecuencia Orion. K. Violeta 3934 ángstroms.»

¡Era un mensaje idéntico al recibido por Gemy en su vuelo anterior. Únicamente variaba el nombre del destinatario!

Rebus, al terminar el vuelo, acudió personalmente en j el domicilio privado del profesor Kox.

Allí repitió el mensaje.

— Transmitir clave Beta. Frecuencia Orion. K. Violeta 3934 ángstroms.

El aspecto de Kox cambió de súbito como en la ocasión anterior había ocurrido con Dunkan.

Las palabras de Kox al piloto Rebus fueron aproximadamente las mismas de Dunkan a Gemy.

— Tienes que olvidarte de esto. Es necesario. No hables con nadie…

El poder especial de los científicos elegidos bastó para que en la mente de Rebus no quedara constancia alguna de aquel mensaje. Sólo haberlo recibido, pero ninguna de las palabras, ni de los números.

Poco después en la sala de los robots se producía una nueva explosión.

— ¡El M- 86 ha estallado! -corrió la voz. Se procedió igual que la vez anterior. Se registró palmo a palmo la sala, se comprobó que nadie había entrado y se estableció que la explosión «había procedido del propio Robot».

Gemy estaba en la base cuando se dio la alarma, ello le permitió enterarse de lo ocurrido y ya nadie le detuvo.

Abordó a Rebus cuando se disponía a salir después de haber sido llamado.

— Vámonos lejos.

— ¿Qué ocurre?

— Tengo que hablar contigo, pero no aquí. Podrían detectarnos. Además, prefiero que no nos vean juntos.

Con el desplazador de Rebus, los dos pilotos se alejaron a la zona ajardinada de la ciudad.

Lejos de las monótonas construcciones, de los pasos i a todos niveles, y más allá de la zona residencial para mentes privilegiadas,

Gemy y Rebus en medio de una exuberancia vegetal, digna del trópico, se detuvieron. Hablaron alejados del bólido desplazador.

— ¿A quién has traído el mensaje?

— ¿Cómo, puedes saberlo?

— ¡Vamos! No es hora de guardar secretos, Rebus. Yo traje uno para Duncan y desapareció.

— ¡No!

— Sí, Rebus. Sólo estamos informados de ello que de algún modo estuvimos en el asunto. Igual que en el caso que acaba de suceder… Has llevado un mensaje secreto para alguien que luego te lo ha «borrado».

— Es cierto…

— Luego han hecho volar el robot para que no quede rastro. Es la segunda vez… Y puede suceder más veces. Posiblemente a todos los que trabajaron en el proyecto Orion.

— ¿Orion?

— Sí. No me preguntes por qué… Orion tiene algo que ver.

Posiblemente en el subconsciente de Gemy quedó grabada aquella palabra que formaba parte del mensaje: «Orion».

— No lo sé… Pero Kox ha desaparecido.

— ¿Kox, eh?

— Sí. Para él era el mensaje. Pero esto no es normal. Tú eres mi amigo, pero sabes Que no podemos dar esa clase de datos.

— ¡Claro que lo sé! pero presiento también que algo grave está ocurriendo…

— ¿Qué sospechas?

— ¡Ojalá fuera algo concreto! Pero no lo sé… Es algo extraño. Muy extraño. Dos científicos reciben un mensaje y desaparecen misteriosamente… ¿Qué se puede pensar?

— ¿Secuestro?

— Secuestro no es la palabra adecuada.

— Oí decir que en eras remotas se secuestraban cerebros importantes, pero en nuestra época esto ya no ocurre.

— Precisamente… Tanto Dunkan primero, como Kox ahora, han querido borrar toda posible pista de su desaparición precisamente antes de que se produjera… Esto no puede ser un secuestro corriente.

— ¿Se marchan voluntariamente? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Tampoco lo sé… Pero sería muy interesante averiguar quiénes más están implicados en el proyecto Orion. Sí. Eso es lo que tenemos que averiguar.

CAPITULO VIII

— ¿Os habéis vuelto locos los dos? -estalló Robko-. Este asunto no os incumbe a vosotros.

El jefe de la quinta base tenía ante sí a Gemy y a Rebus.

— La seguridad del habitáculo corresponde a todos, Robko… Y hay que abolir la ley de los mensajes secretos…

— Esto no es de mi competencia.

— Habla con el Magnífico antes de que se produzca una nueva desaparición.

— Yo no tengo atribuciones, Gemy.

— Pero los robots estallan. ¿Qué hacen los servicios de seguridad? ¡Nada! ¡Secreto! ¿Quién puede afirmar que mañana no sean los robots los que sean atacados, sino nosotros mismos?

Robko sacudió la cabeza de un lado a otro. El tampoco veía las cosas demasiado claras. Era inteligente, pero no superdotado, no podía ver más allá de lo que le indicaba la razón.

Gemy insistió:

— Tú sabes los nombres de los que componían la base del proyecto Orion… ¿Quiénes más lo formaban, aparte de Dunkan y de Kox?

Robko paseó con los brazos cruzados a la espalda, silencioso y pensativo.

Se hallaba en el estudio privado de la base, desde donde recibía los mensajes a través de una pantalla que repetía los datos más importantes que aparecían en la sala de control general.

La pantalla anunció la llegada de otro bólido de reconocimiento, tripulado por Bretch.

Bretch era el que completaba el trío de los primeros expedicionarios a Orion, juntamente con Rebus y Gemy.

Robko transmitió una orden.

— ¡Que venga Bretch inmediatamente! -exclamó.

— Se lo comunicamos en seguida -respondió una voz a través del receptor.

La espera se prolongó en completo silencio. Robko se impacientó:

— ¿Qué pasa con Bretch? -inquirió el jefe de la base.

La voz respondió:

— Se ha ido, Robko. Dijo que tenía que «entregar un mensaje secreto recibido en vuelo.

— ¿Para quién? -estalló Robko.

Gemy y Rebus cambiaron una mirada, como si presintieran lo que había ocurrido y lo que podría ocurrir de modo inminente si no se tomaban las debidas precauciones.

— No lo ha dicho -fue la respuesta de la voz que informaba al jefe de la base.

Gemy saltó:

— ¡Averígualo, Robko!

El jefe de la base comprendía también el alcance que podía tener aquel mensaje secreto.

— ¡El robot! -insistió Gemy.

— Sé lo que tengo que hacer. Vosotros seguid aquí, i Robko salió precipitadamente y poco después se hablaba ante su ayudante en la sala de control.

— ¿Cuánto tiempo hace que Bretch ha salido?

— Apenas llegar. Dijo que tenía un mensaje secreto que entregar.

— ¡Esto ya lo has dicho! ¿Dónde está el ayudante de vuelo?

— Lo han trasladado a la sala.

— Está bien -Robko salió corriendo hacia uno de los elevadores.

— ¡Espera! -advirtió el ayudante, pero Robko no tenía ni un segundo para perder. Penetró en el elevador para dirigirse a la sala.

En aquellos momentos Bretch, el piloto, entraba en una de las residencias para científicos y preguntaba por su propietario.

Gemy podía seguir los pasos de su jefe a través de las pantallas.

Robko hablaba con uno de los guardianes.

— El M-71.

Avanzó rápidamente hacia el robot.

Bretch estaba transmitiendo al científico el mensaje recibido:

— Transmitir clave Beta. Frecuencia Orion… Era el tercer mensaje idéntico.

Robko estaba ya en presencia del ayudante M-71, el robot asignado a Bretch.

Y Bretch repetía el mensaje:

— …K. Violeta 3934 ángstroms…

La voz del científico un tanto alterada decía lo mismo que sus antecesores:

— Tienes que olvidarte de esto,…

Gemy seguía con impaciencia los movimientos de su jefe.

— ¡Ojalá llegue a tiempo! ¿Pero qué hace?

Veía cómo Robko ante el robot, conectado ya a la red que conducía al cerebro general, trataba de encontrar el mensaje secreto.

Bretch, en aquellos instantes, recibía la influencia del científico olvidando el mensaje.

— ¡Aquí no hay mensaje alguno! -gritó Robko y a continuación habló con el transmisor dirigiéndose a su ayudante.

— Intenté decírtelo -repuso el aludido-. M-71 necesitaba una verificación. Asigné a Bretch el M-14.

— ¿Por qué no he sido informado de esto?

— No creí que tuviese importancia. Además, ha quedado perfectamente registrado.

— ¡M-14! -gritó Robko dirigiéndose a través de la amplia sala hasta el lugar destinado al ayudante M-14.

Quedaba algo lejos, debido a la amplitud del lugar.

— Algo está fallando -exclamó Gemy-. ¡Vamos!

No podía aguantar más y salió del estudio privado de Robko, seguido de Rebus.

No pudo ver lo que ocurría, pero cuando estaba en el corredor para dirigirse hacia unos de los ascensores, alguien gritó:

— ¡Explosión en la sala de ayudantes!

Luego sonaron las sirenas de emergencia. Bastaba dirigirse a una de las pantallas del corredor para ver lo que acababa de ocurrir en la sala de ayudantes.

Uno de los robots había estallado. El guardia estaba ayudando a levantarse a Robko, caído a consecuencia sin duda de la onda expansiva.

En seguida en la pantalla apareció el número del ayudante destituido.

M-14.

El ayudante de Robko que estaba ya junto a Gemy murmuró:

— Era el que asigné a Bretch… Gemy asintió. -Lo suponía…

CAPITULO IX

Robko se hallaba en presencia del Magnífico y sus dignatarios. Resumió lo que había expuesto momentos antes.

— La situación es confusa y extraña y los únicos datos que poseemos se refieren a la coincidencia de los pilotos. Gemy, Bretch y Rebus fueron los encargados de la expedición a Orion. Nada se les comunicó de nuestros descubrimientos, sin embargo ellos han sido los «elegidos» para ser portadores de los mensajes. Esto puede ser significativo.

— ¿Les has dicho algo? -inquirió uno de los que formaban en la gran mesa de trabajo del Magnífico.

— Nada. He respetado el silencio, pero temo que no será posible mantenerlo por más tiempo. Gemy ha sido el primero en sospechar que Gleka puede hallarse en un serio peligro.

Se hizo el silencio mientras el Magnífico parecía concentrarse. Tenía ante sí en un pequeño pupitre auxiliar conectado al gran cerebro control.

— ¿Tienes confianza en esos tres pilotos? -inquirió al fin.

— Completa -fue la respuesta.

— Bien. Luego daré las instrucciones. -Y pulsó un botón-. Puedes retirarte. Hablaré primero con Denko.

La señal emitida desde el pupitre la recibió el doctor Denko en su laboratorio. Era la señal directa del jefe Supremo qué el doctor se apresuró a contestar:

— Te necesito con urgencia -fue la orden del Magnífico.

Entretanto Robko se reunió con los tres pilotos en la antesala.

Los tres aguardaban con impaciencia. Robko no logró calmársela cuando dijo:

— Me llamarán otra vez.

— ¿Qué es lo que están decidiendo ahora? -espetó Gemy-. Creo

que la cosa está bastante clara, cada uno de los científicos implicados en el asunto Orion ha desaparecido y nosotros hemos sido los portadores de los mensajes.

— Todo eso ya lo sabe el Magnífico. Hay que esperar.

— Robko… Si supiéramos los nombres de los otros que forman parte del proyecto quizá podríamos hacer algo.

— El Magnífico los sabe.

— Y tú también, Robko.

— Sí, pero no es asunto mío hablar de ello. Nos debemos a una disciplina. No perdamos la calma.

— Nunca he estado de acuerdo con el poder absoluto del Magnífico. Tenemos una declaración de derechos y obligaciones. Cumplimos las obligaciones y, por lo tanto; nos asiste la razón en los derechos.

— He pedido calma, Gemy. Tengamos paciencia.

— Los glekos siempre hemos sido pacientes, pero cada uno de nosotros debe velar por el habitáculo. Tenemos derecho a ello…

Entretanto por el conducto privado, el desplazador del doctor Denko irrumpía en las habitaciones del puesto de mando supremo. Momentos después, Denko, el más veterano de los doctores, se hallaba en presencia del Magnífico.

Y el jefe supremo de los glekos le hablaba:

— Tres de tus compañeros han desaparecido. Tú eres el cuarto. En los tres casos precedentes has sido debidamente informado sin pronunciarte en absoluto. Tú, Denko, eres el último de los que trabajasteis en el proyecto Orion. Ha llegado el momento en que hables claramente.

— Se nos otorgó un voto de confianza para nuestro trabajo -repuso el viejo doctor Denko.

— Y lo habéis tenido.

— Lo seguimos teniendo. El plazo no ha terminado todavía.

— No puedo negar lo que se os ha otorgado, pero temo que no será posible acallar por mucho tiempo los rumores. Las familias de tus compañeros desaparecidos están nerviosas. No somos perfectos, Denko, No podemos controlar nuestros impulsos o nuestros sentimientos.

— Seremos perfectos algún día -fue la respuesta escueta de Denko.

— ¿A qué precio, Denko?

— Siempre hay que pagar un precio por algo.

— Cuando sea del dominio general que es posible hacer estallar a nuestros ayudantes de vuelo, los glekos pedirán explicaciones, querrán que les digamos si nuestros servicios de seguridad son tan buenos como habíamos pregonado. No se puede engañar a nuestros semejantes, Denko.

— No se les engaña. Nuestros servicios de seguridad son tan buenos como siempre se ha dicho. Lo que ocurre es que no se conocen otros mejores, pero hay quien los posee.

— ¿Los seres invisibles de Orion? -preguntó el Magnífico.

Denko sonrió.

— No son seres invisibles.

— ¿No puedes darme ningún otro informe?

— Lo siento. Traicionaría a mis compañeros.

— Tus compañeros no están aquí. Recibieron un mensaje y desaparecieron. ¿También tú esperas recibir un mensaje?

— No lo sé. De veras. No lo sé. Pero me gustaría recibirlo.

— Puedes retirarte, Denko.

Cuando el científico desapareció, el Magnífico se volvió hacia los miembros de su consejo.

— No le podía retirar el voto de Confianza. Obro de acuerdo con la ley.

— ¿Qué harás ahora? -inquirió el más allegado al Magnífico.

— La ley no me impide tomar mis medidas. Hablaré con esos hombres. -Y pulsó un botón para llamar a Robko y a los tres pilotos.

CAPITULO X

El gran Magnífico aclaró la situación:

— Cuatro hombres fueron los designados para la operación Orion. Tres de ellos desaparecidos, Dunkan, Kox y por último Folen. El cuarto es Denko. Supongo le conocéis.

Gemy asintió por todos.

— Por una circunstancia especial -siguió el Magnífico-, vosotros tres habéis sido portadores de mensajes dirigidos a esos científicos, y es posible que uno de vosotros reciba un cuarto mensaje.

— ¿Para Denko? -interrumpió Gemy.

— Sí.

— ¿Qué significa todo esto, señor? -inquirió Gemy.

— Puesto que es posible que corráis algún riesgo también tenéis derecho a conocer la verdad. Una verdad que mantendréis en secreto ocurra lo que ocurra. Prestad primero el juramento de fidelidad de los glekos.

Los tres hombres se inclinaron hacia delante con j aire marcial.

— Gleka ante todo -pronunció el Magnífico.

Los tres pilotos repitieron aquellas palabras al unísono:

— ¡Gleka ante todo!

— Nuestra vida está al servicio de Gleka -dijo el Magnífico. Lo cual repitieron los juramentados.

— El secreto es más importante que la existencia.

— ¡El secreto es más importante que la existencia! -repitieron las tres voces.

— Habéis prestado el juramento. Quedáis pues autorizados a conocer la verdad y privados de revelarla.

— Así lo hemos convenido -fue la respuesta ritual.

Y el Magnífico prosiguió:

— Fuisteis portadores de una piedra monolítica que fue

sometida a examen.

— Cierto -asintió Gemy

— Tras algunos estudios, se llegó a la conclusión de que la piedra monolítica era materia viva.

— ¿Viva? -aquella vez la pregunta surgió de los tres pilotos casi al mismo tiempo.

— Exacto. Viva… Algo que asimilaba todos los sistemas conocidos de sustento. Lo que nuestro organismo rechaza, la piedra monolítica lo engullía… Cualquier ambiente favorecía su desarrollo, su crecimiento… Aquello era algo incomprensible para los pilotos, y para cualquier habitante de Gleka o de los planetas hermanos.

— Mostradles la piedra que ellos mismos trajeron -ordenó el Magnífico.

Una comitiva acompañó a los tres glekos de la quinta base a través de un corredor que conducía a uno de los elevadores privados de la sede central de la jefatura suprema.

El elevador descendió hasta los subterráneos del habitáculo. Un sistema de corredores deslizantes en el sótano trasladó rápidamente a los glekos hasta los laboratorios secretos, lejos de la sede central, pero fácil y rápidamente comunicados.

Los dignatarios del Magnífico con sus placas identificadoras cruzaron puertas, ordenaron a los guardias y prosiguieron el camino hacia su destino.

Era una gran sala, perfectamente iluminada e insonorizada. En el centro y bajo la alta bóveda, se había construido una enorme vitrina de material transparente. En medio podía verse un monolito rosado.

Era una piedra rectangular cuya medida en el viejo sistema métrico oscilaba en los ciento veinte centímetros de longitud, la anchura era de unos veinte centímetros.

— ¿Es el monolito que trajimos? -inquirió Gemy, presumiendo la respuesta.

Uno de los dignatarios asintió.

— No es posible… Su volumen no era tanto… No hubo respuesta. Era obvio todo comentario. La piedra monolítica había sufrido un aumento aproximado de la mitad de su tamaño de origen.

— Es… asombroso -murmuró Bretch.

— Casi increíble. ¡Una piedra de aspecto vulgar! -apostrofó el piloto Rebus.

No hubo comentario. Los dignatarios indicaron a los pilotos que podían regresar. Ya habían sido testigos de aquel hecho altamente singular.

Poco después se hallaban de nuevo ante el Magnífico, El diálogo se reanudó.

El jefe supremo continuó con la breve historia:

— El proyecto Orion quedó constituido al averiguar el fenómeno y en principio se creyó oportuno mantenerlo en secreto toda vez que no podían darse explicaciones concretas sobre el caso -siguió el Magnífico y tras una pausa en la que pareció medir las palabras para explicar únicamente lo imprescindible, continuó-: Se nombraron a los cuatro científicos citados y tras un breve período de estudios llegaron a la conclusión de que el monolito irradiaba una fuerza desconocida capaz de captar las voluntades ajenas… Como si de su inexistente cerebro emanara una fuerza capaz de controlar a distancia otras mentes. Dicho en otras palabras. Seres informes, graníticos, tenían el poder de transmitir ideas y hacerlas cumplir.

Tras otra pausa, el Magnífico prosiguió:

— Los mensajes que trataban de emitir las ondas del.monolito eran defectuosos, incomprensibles, pero de una fuerza extraordinaria, y los cuatro científicos pidieron estudiar a solas el fenómeno dedicándose exclusivamente a la obtención de cuantos datos pudieran obtener.

»A1 cabo de algún tiempo recibieron, según sus informes, una comunicación concreta. Se les pedía por conductos ignorados e incomprensibles para nuestras mentes que se desligaran por completo de sus obligaciones para con- el planeta para someterse única y exclusivamente a ellos.

— ¿Se les concedió tal prerrogativa? -preguntó Gemy.

— Se sometió a estudio y se decidió por1 mayoría que podía ser importante para la investigación.

Gemy asintió, comprendiendo que el caso, en verdad, requería un estudio, y dejó que el jefe supremo de Gleka continuara:

— Se otorgó a los científicos un voto de confianza para que pudieran trabajar durante 100 albas ([3])

.

— ¿Y cuánto tiempo ha transcurrido desde que se les otorgó la noción de confianza? -preguntó Gemy.

— El plazo no se ha cumplido. Faltan 7 albas.

— ¿Y qué información ha dado el doctor Denko?

— ¡Ninguna!

— Pero él debe saber alguna cosa de lo que está ocurriendo.

— Es posible que la sepa.

— ¿No se le puede obligar a revelarla?

— Eso sería ir contra la propia ley.

— Pero la seguridad de Gleka…

— La seguridad de Gleka -cortó el Magnífico- no depende sólo de lo que pueda saber Denko, sino de lo que podamos averiguar nosotros. Denko no es un traidor. Es posible que no pueda hablar concretamente y amparado por el voto de confianza prefiere no hablar, pero él es el último de los científicos que pueden aportar alguna explicación y es* menester vigilarle, protegerle, estar cerca de él en lo sucesivo y ésta va a ser la misión de que os encomiendo. Vuestro jefe, Robko, os dará las instrucciones. Nada más.

Eso era todo y bastante confuso y extraordinario por demás.

¿Qué se ocultaba detrás de aquellos mensajes?

¿Qué eran las piedras monolíticas que tenían la virtud de crecer, de desarrollarse, de pensar, de transmitir órdenes y acaso consignas o mensajes?

¿Cuál era el secreto de Orion?

CAPITULO XI

— ¿Podemos suponer que la zona monolítica de Orion está ocupada por piedras vivientes? -inquirió Rebus

— Lo que pueda haber en esa zona, es un misterio que de momento no es el más importante a desentrañar -repuso Robko.

— ¿Qué debemos hacer exactamente? -inquirió Gemy.

— Estar pendientes de cualquier mensaje. Quienquiera de vosotros que lo reciba lo comunicará a los demás en vuelo, y a mí directamente en transmisión secreta. Nadie más debe saberlo. Desde la base se tomarán las precauciones necesarias. Posteriormente, una vez informado Denko del mensaje, se le vigilará. De esto, naturalmente, tenéis que ocuparos vosotros. Hay que obrar con la máxima discreción. Piensen que de este asunto lo ignoramos todo. No sabemos si los científicos obran de acuerdo o si son amenazados por algún peligro… Tampoco sabemos si los portadores de tales mensajes están controlados desde Orion.

— ¿Desde Orion? -inquirió Bretch.

— Sí. Es hora ya de que sepan el peligro que corren. Piensen en los ayudantes técnicos volatilizados…

Gemy habló por todos:

— Algo de esto dije yo la otra vez, Robko. Del mismo modo que hacen estallar los robots podemos volar nosotros. ¡Y toda Gleka!

— No os he ocultado el peligro -repuso Robko.

— ¿Y por qué nosotros somos los elegidos para transmitir esos mensajes? -quiso saber Rebus,

— Bueno… Fuimos los que llegamos a Orion. Puede que esas malditas piedras pensantes nos hayan cogido simpatía -bromeó Gemy un tanto desdeñosamente.

La respuesta de Robko fue más precisa:

— Vais a ser sometidos a un reconocimiento general. Vuestras

células serán examinadas por los médicos de la base. Cabe la posibilidad de que durante vuestra estancia en Orion, en alguna parte de vuestro ser quedara impregnado algo…

— ¿Qué, concretamente? -preguntó Gemy.

— No lo sé. No soy científico.

— Si unas piedras monolíticas tienen el poder de desarrollarse, de pensar, o de atraer, pueden tener poder para dejar grabado algo magnético en nuestras células. ¿No es así? -aventuró Gemy.

— Más o menos.

— Algo capaz de atravesar incluso nuestros trajes a prueba de todo… Me gustaría saber qué es lo que llevamos en nuestro cuerpo… ¡Oh! ¡Y daría cualquier cosa por volver a Orion! M-42 lo advirtió el primero. Había peligro aunque nosotros no supimos verlo. Él si lo vio.

— Eso son elucubraciones que no llevan a ninguna parte -repuso Robko-. ¡Vamos, preparaos para el reconocimiento…!

* * *

Desnudos, los glekos tenían la apariencia completamente humanoide, como cualquier otro ser de los que llamamos normales y que han habitado, habitan y habitarán en los múltiples mundos de todas las galaxias.

La pantalla de radio para el examen de las células, puesta en marcha, convertía al examinado en una forma concreta, transparente, donde se movían todas las partículas vivientes del cuerpo.

Las células con vida producían continuos destellos. Las que morían a cada segundo eran reemplazadas por las reproductoras o quedaban automáticamente eliminadas y desaparecían del campo visual de los rayos. Un electrocardiograma marcaba los rítmicos compases del corazón y otras pantallas indicaban con líneas oscilantes las funciones cerebrales y otras.

Un sonido metálico irregular pareció extrañar a uno de los tres médicos que examinaban ahora a Gemy.

Algunas células del corazón, en apariencia normales, fueron examinadas al máximo.

El volumen de un potente visor aumentó cada uñad de aquellas células.

— ¡No son células! -exclamó uno de los médicos.

— Es otro tipo viviente de célula que puede convivir perfectamente con las demás.

— Examinemos a los otros. Puede que sea esto lo que estábamos buscando.

Gemy, sometido a la necesaria tensión, no había podido ser testigo del examen de su propio cuerpo. No había visto, ni oído; por ello tampoco fue informado y pasó el siguiente. Era Rebus.

También en el examen presentó los mismos síntomas.

— Son cuerpos extraños -insistió uno de los médicos. Los otros convinieron lo mismo.

— Es imposible extraerlos y aislarlos, sólo se conseguiría extrayéndolos del sujeto, pero esto significaría su muerte.

Pasó Bretch al reconocimiento.

Presentaba los mismos síntomas.

— Sólo con la disección podríamos estudiar el fenómeno -fue el convencimiento general.

Posteriormente Robko fue informado.

— Ellos tienen que saberlo -fue la respuesta del jefe de la base, e instantes más tarde los reunió en su estudio en presencia de los médicos;

En pocas palabras Robko les sintetizó lo que habían confirmado los médicos.

— En otras palabras -terció Gemy-, estamos a merced de las piedras monolíticas…

— Más bien -adujo uno de los médicos- introdujeron esos extraños cuerpos valiéndose de ondas completamente desconocidas para nosotros, pero que pueden permitirles captar sus señales.

— Entonces está claro -reconoció Rebus-. Servimos de intermediarios. Esa es la razón del porqué somos los únicos que podemos captar mensajes.

— ¿Y los robots? -adujo Bretch.

— Los ayudantes técnicos -repuso uno de los médicos- captan cualquier señal, pero no podrían transmitirla sin un gleko que la tradujera.

— Bien, señores -cortó Robko- No necesito repetirles cuan secreto es todo esto. Pueden retirarse.

La última orden era para los médicos, pero uno de ellos adujo antes de salir:

—Hermanos, la ciencia les agradecería que cedieran sus cuerpos. Sería muy interesante un estudio de ellos. Gemy mostróse irónico.

—Temo que no tendrán que esperar mucho. Por mí, pueden disponer de mi cuerpo.

Salieron los médicos quedando a solas los tres pilotos con Robko.

—Bien. Ahora ya lo sabéis. En algún momento determinado podéis sentiros atraídos por algún… llamémosle «miembro» de Orion. No pudo daros ni consejos ni preveniros contra nada, únicamente desearos suerte. Saldréis en la próxima alba.

El momento de la intervención estaba próximo. Del cuándo sólo tenían la palabra las piedras monolíticas de Orion.

CAPITULO XII

Volaban en distintas naves a una distancia equivalente a mil kilómetros.

En caso de emergencia podían recorrerla en segundos.

En apariencia se trataba de un vuelo normal; pero su misión consistía en captar el mensaje secreto que todos esperaban.

De cuando en cuando establecían contactos comprobatorios entre sí para asegurarse de que no había ninguna novedad.

— Vamos, M-80 -decía Gemy a su andante técnico-. Pórtate bien. Esfuérzate en captar ese condenado mensaje… Tiene algo que ver con Orion. ¿Comprendes? ¡Orion! Sé que se nombró esa palabra, pero no la relaciono con nada… 9

El robot permaneció silencioso. Gemy examinaba el cosmos, siempre azul. Sin embargo más allá estaba el color rojo…, el origen de los sucesos.

Pasaba el tiempo de forma monótona. No ocurría nada, ni una señal, siempre teniendo delante aquel azul que llegaba a dañar los ojos.

Gemy estableció contacto con la base.

— Vamos, M-80. Comunicación privada con el jefe. IS Pasó al robot la comunicación, que la transmitió en clave, y que instantáneamente se reprodujo en la pantalla privada del estudio de Robko. Y Robko leyó:

— «¿Por qué no vamos a dar un paseo por Orion? Si allí está la clave, no perdamos más tiempo.»

La respuesta fue categórica:

— Absolutamente prohibido. Atente a las instrucciones.

— Orden recibida -fue la réplica de Gemy. Regresaron sin poder dar ninguna novedad. Robko tenía algo que comunicarles.

— Denko se ha aislado en su laboratorio privado. No lleva

consigo el receptor y ha dado orden de que no le moleste nadie. Ni siquiera su familia.

— ¿Tiene idea de lo que está haciendo? -preguntó Gemy.

— No. Pero voy a variar los planes. Uno de vosotros se introducirá en las dependencias del laboratorio de Denko.

— ¿Cómo hacerlo? -preguntó Bretch.

— Llevándole un mensaje. Un falso mensaje secreto, por supuesto. É1 sabrá que es falso -sonrió Gemy.

— Sí. Es posible, pero servirá de excusa para que alguien se quede dentro.

— ¿Cómo?

— Poned, atención… Lo importante es que uno de vosotros esté cerca de él y pueda ver todo lo que hace, para luego informar. Mientras tanto, los otros dos seguirán tripulando. Mi plan es el siguiente…

Robko explicó lo que había ideado. En teoría la táctica parecía buena, pero era necesario ponerla en práctica,

Bretch fue el encargado visible de portar el falso mensaje secreto a Denko.

El desplazador le dejó frente al laboratorio privado contiguo a la casa que ocupaba con su familia.

El puesto de trabajo del doctor se hallaba en un sótano perfectamente acondicionado.

La mujer de Denko pulsó el timbre del intercomunicador.

— Nos dio una señal para que la utilizáramos si alguien le llevaba un mensaje. Es todo lo que nos dijo.

Denko recogió la comunicación y ordenó que el portador del mensaje fuera a su presencia.

— Puede pasar desde aquí -dijo la mujer, y le acompañó a través de un corredor hacia la puerta del subterráneo..?

Un panel sin juntas aparentes se deslizó, accionado desde el interior. A] otro lado del panel arrancaba una escalera, una luz anaranjada procedía de la parte baja. A través de un receptor sonó la voz de Denko preguntando:

— ¿Quién lleva el mensaje? -Soy Bretch -respondió el piloto. -Adelante.

La escalera se deslizó automáticamente y Bretch fue transportado hacia una considerable distancia bajo la superficie

mientras a su espalda el panel volvía a cerrarse.

La esposa de Denko mostraba angustia en su rostro, como si temiera la inminencia de algo irremediable.

Entretanto en la parte exterior, en la zona ajardinada, Gemy se movía sigilosamente.

Junto al pabellón que daba entrada al laboratorio) por la parte exterior, examinaba la puerta metálica que al igual que«la interior carecía de resquicios o juntas visibles. Había que adivinar que en alguna parte del tabique podía abrirse un hueco. Tanteó con las manos y por fin eligió el centro. Aplicó un pequeño aparato detector y esperó a que la aguja se moviera. Luego eligió un punto determinado. Guardó el detector y tomó el fusil corto, modelo plegable. Lo acondicionó y montó. Apretó el pulsador y surgió una llama de aspecto regulable. Era un rayo potente y silencioso que taladra la abertura de la puerta.

Mientras se hallaba trabajando, Bretch había llegado ya a presencia de Denko, que le esperaba en una sala amplísima, iluminada de forma indirecta, que proporcionaba una luz monoforme.

Allí podía escucharse el goteo del agua que, tras convertirse en vapor, pasaba a través de una complicada retorta hacia otro recipiente.

Podían verse distintas pantallas transmitiendo datos en clave.

En una vitrina, Bretch observó una pequeña piedra de forma monolítica.

Luego otros instrumentos de trabajo… Pero aquella piedra le obsesionó.

Aunque en pequeño tenía un parecido muy aproximado a la que transportaron desde Orion.

— ¿Te interesan los experimentos, piloto Bretch? -preguntó Denko-. ¿No has visto nunca un laboratorio?

— Algunas veces. Confieso que no es mi fuerte.

— Bien. Entonces no es necesario que te muestre nada…

— Eso que tiene ahí… En la vitrina. ¿Qué es?

Denko sonrió.

— Piedra.

— Se parece a…

Bretch se interrumpió.

— ¿A qué, Bretch? -preguntó Denko mirándole fijamente.

— Pues no sé…

— Sí lo sabes. Estabas pensando en Orion. ¿No es así? ¿Has venido para espiarme o para traerme un mensaje como has dicho?

Bretch trató de adoptar una voz absolutamente normal y serena:

— Un mensaje, doctor.

Entretanto Gemy había perforado ya la plancha en un hueco suficiente para poder introducir la mano. La pasó hacia dentro buscando el mecanismo de seguridad. Tenía que limitarse a encontrarlo. Sí… Allí estaba. Podía tocarlo.

Sacó entonces la pistola, silenciosa igual que el fusil, y la aplicó al mecanismo, disparando seguidamente.

Saltó el mecanismo al recibir el rayo y la puerta quedó totalmente suelta.

Gemy salió del pabellón y observó el exterior. No había nadie. Entró de nuevo y transmitió:

— Lista la primera parte.

Al instante un desplazador de reparaciones se dirigió hacia la casa del doctor Denko.

Gemy comenzaba a descender por la escalera. Lo¡ hacía a pie, para evitar que el leve sonido producido por el mecanismo que ponía en marcha los escaloneˆ pudiera delatarlo.

Y mientras, Bretch, en el sótano, facilitaba un falso mensaje:

— Orion IV, mensaje privado. Detectar gérmenes.

— ¿Esto es todo? -preguntó Denko sin ninguna expresión.

— Sí, doctor. Este es el mensaje.

— ¿Estás seguro? Esto no quiere decir nada.

— Es el mensaje -insistió Bretch.

— Está bien. Ya lo has dado. Puedes irte. ¡Ah! Y dile a tu jefe que este mensaje no tiene nada de secreto.

Con ello Denko parecía dar a entender que no había creído una sola palabra.

El desplazador de reparaciones había llegado ya a la casa de Denko y uno de los encargados llamó para decir:

— Hemos recibido orden de reparar la puerta del laboratorio del doctor.

— ¿Reparar? -inquirió la mujer.

— Es un trabajo de rutina. Los científicos deben trabajar con las

máximas seguridades.

— Bien. La entrada está en el pabellón. Les acompañaré.

— Sabemos el camino. Gracias -repuso el empleado y rápidamente, junto con los de la brigada, se encaminaban hacia el pabellón justo en el momento en que por la puerta que había entrado, Bretch volvía a aparecer. Aquello hizo que la esposa de Denko no fuera con los de la brigada de reparaciones.

— Ya he dado el mensaje -anunció Bretch, y tras él se cerró la puerta metálica.

Entretanto los agentes de las reparaciones se disponían a trabajar. Tenían que cambiar la puerta estropeada por Gemy en el menor tiempo posible.

Bretch se quedó hablando unos momentos con la mujer del doctor para entretenerla.

En el sótano, Denko había quedado pensativo, como si intuyera la trampa.

Conectó todas las pantallas que ponían al descubierto cada rincón de las amplias dependencias subterráneas.

Gemy se agazapó bajo una mesa circular porque no ignoraba los ojos ocultos que podían detectar su presencia.

El doctor creyó prudente hacer un examen personal y se dirigió hacia la salida exterior, en cuyo vestíbulo seguía agazapado el piloto.

Entretanto los encargados de cambiar la puerta habían cortado ya la hoja en sus medidas justas y la estaban colocando de acuerdo con la instalación.

Al doctor sólo le faltaba cruzar una puerta para llegar a aquel vestíbulo.

En aquel instante el jefe de la brigada murmuró arriba:

— Sólo falta la conexión. Será necesario cortar el sistema electrónico.

— Bien. Aquí está el conmutador general.

Un aparato de control remoto bastaba para cortar elJ circuito y el hombre lo accionó.

Denko extrañó la falta de luz que por otra parte le impedía accionar la puerta del vestíbulo.

Aquello había salvado momentáneamente a Gemy, que se deslizó hacia la pared, corriendo hacia el saliente formado por el

tubo que descendía hacia el colector general.

Entre la pared y el tubo había un exiguo hueco que le permitió ponerse a cubierto.

La luminosidad volvió en aquel instante y Denko abrió rápido la puerta. A simple vista no podía ver a nadie y, convencido de que estaba solo, caminó hacia la escalera. Un control remoto le permitió ponerla caí marcha para llegar hasta arriba.

Cuando estuvo ante la puerta no pudo encontrar nada sospechoso. No existía la menor señal de haber sido cambiada. El mecanismo estaba en su sitio, nuevo, igual que el metal de la hoja que tenía ante sí. Un material no corrosivo ni cambiable con el paso del tiempo. Siempre era idéntico. Por esta razón no podía sospechar el cambio.

Abrió, sin embargo. Cruzó el pabellón y no vio nada porque el desplazador acababa de desaparecer a gran velocidad.

Volvió hacia el interior cuando Gemy, que había aprovechado Ja ausencia de Denko, se había introducido ya en las dependencias interiores del laboratorio.

Buscó un lugar donde ocultarse y encontró el «tubo de emergencia». Lo tenían todos los laboratorios.

Era un tubo de diámetro suficiente para albergar a una persona que, en caso de fuego, soltaba un chorro de líquido pastoso inundando por completo la estancia siniestrada. Posteriormente, el líquido se volatilizaba dejando todo intacto.

Aquel fue el escondrijo de Gemy. Allí estaba cuando el doctor Denko regresó para proseguir su trabajo secreto.

CAPITULO XIII

Bretch y Rebus prosiguieron al alba siguiente a patrullar en espera de captar el mensaje deseado.

Robko, como jefe de Ja operación, no se movía de su estudio, pendiente tanto de los pilotos como de Gemy.

Para mantenerse en contacto con este último le bastaba un detector a distancia, que era a la vez receptor y emisor. Una luz intermitente indicaba que Gemy seguía perfectamente y no había novedad que comunicar.

Aquella jornada, sin embargo, iba a ser pródiga en acontecimientos.

Fue Bretch el que captó la señal de un mensaje.

Su ayudante técnico, un M-ll, transmitió la clave:

— Mensaje secreto para el doctor Denko.

«¡Ahí está!», pensó.

Se puso a la escucha.

Y el mensaje resultó idéntico al que ya había recibido en otra ocasión y que le fue expresamente borrado.

«Transmitir clave Beta. Frecuencia Orion. K. Violeta 3934 ángstroms.»

Tomó nota y en seguida se puso en contacto con Rebus.

Habló personalmente:

— Puedes acercarte tanto como quieras. Al fin he recibido el mensaje.

— ¡Repítelo! -pidió Rebus.

— «Transmitir clave Beta…»

Cuando hubo terminado lo repitió, añadiendo:

— ¿Lo ha registrado tu ayudante técnico? Compruébalo.

Poco después venía la respuesta afirmativa:

— Sí. Lo ha registrado.

— Entonces, regresemos. Voy a informar a Robko.

Pero en aquel momento algo sucedió. La luz de, peligro del ayudante técnico de Bretch se encendió rápidamente. El detector reflejó en la pantalla una tremenda explosión.

— ¡Rebus, Rebus! ¿Qué ha sido eso? ¡Contesta, Rebus!

Insistió varias veces, sin recibir respuesta alguna.

— ¡Vamos, M-ll! -exclamó-. ¿Qué le ha pasado a mi compañero?

Manipuló en los mandos y no tardó en recibir la respuesta a través de la pantalla del robot:

— Explosión. Nave destruida.

No… Rebus y su ayudante técnico ya no podrían contestar jamás. Habían sido aniquilados.

Bretch estableció contacto con la base.

— Acababa de comunicarle la clave recibida y su nave estalló. Mi M-ll no da otra explicación. «Explosión, nave destruida.»

— ¿Cuál es el mensaje, Bretch? -pidió Robko-.recuerdas, ¿verdad?

— Esta vez no se me olvidará nunca. Es…

— ¡No! -gritó de pronto Robko.

— ¿Qué ocurre?

— No lo transmitas. Podría ser peligroso. Regresa inmediatamente.

— Al instante. ¿Hay noticias de Gemy?

— Todavía no, excepto que sigue bien.

— Regreso, Robko.

Cortó la comunicación y propulsó la nave hacia la base.

* * *

Entretanto Gemy, a través del visor transparente de la puerta que ocultaba el tubo de emergencia, estaba atento a las manipulaciones del doctor Denko.

En una pantalla se mantenían unas anotaciones que hacían referencia a la altura.

Los signos en la pantalla de la. derecha revelaban un crecimiento cuya equivalencia en centímetros podía traducirse en:

Altura: 2 centímetros.

Ancho: 0,2 centímetros.

— ¡Asombroso! -exclamó Gemy para sí.

También el doctor Denko parecía admirado y se afanaba en

tomar rápidas notas.

Dejó de trabajar y abandonó el laboratorio. Fue el momento que Gemy aprovechó para transmitir su información a Robko.

Era el instante en que el bólido de Bretch tomaba contacto con la base.

Robko salió del estudio para correr hacia el piloto.

Cuando Bretch descendía se escuchó la señal de peligro. Las luces de alerta de los hangares se volvieron rojas y el pitido anunciador del peligro sonó al máximo.

Era un peligro desconocido. Los detectores de seguridad únicamente podían anunciar su existencia, pero no el modo de evitarlo.

— ¡Aparta de la nave, Bretch! -gritó Robko intuyendo lo que podía pasar.

El estallido se produjo en el mismo instante, cuando Bretch iba a echar a correr.

La nave quedó volatilizada y entre la explosión todos los presentes pudieron ver cómo la honda expansiva elevaba a Bretch por los aires para devolverlo al suelo prácticamente destrozado.

Las sirenas sonaron automáticamente para poner en marcha los servicios de salvamento.

Pero era ya demasiado tarde. Cuando Robko llegó junto a su subordinado, Bretch había dejado de existir.

De la nave sólo quedaba metal retorcido, lo demás eran cenizas. También el ayudante técnico M-ll, el robot que había captado el mensaje, dejándolo anotado en su memorizador, ya jamás podría revelar el secreto.

— Es un poder superior al que estamos en condiciones de combatir -murmuró Robko hablando consigo mismo.

Momentos después, en su estudio, captaba la comunicación de Gemy, al que le ordenaba:

— Regresa inmediatamente.

CAPITULO XIV

— Sólo quedas tú, Gemy... Y nada puedo garantizarte -dijo Robko visiblemente apesadumbrado.

— Mis dos compañeros... ¡Robko! ¡Esas piedras crecen! Sometidas a un baño de rayos, las he visto crecer ante mis propios ojos... -dijo Gemy que ya al reunirse con su jefe le había explicado su descubrimiento.

— ¿Cómo conseguiría Denko esa piedra? -se preguntó Robko casi para sí.

— ¡Hay que obligarle a hablar! Ahora ya no se conforman con destruir robots, vuelan a quien les estorba. Es necesario actuar.

— He hablado con el Magnífico antes de que llegaras, Gemy... No podemos hacer nada, sólo esperar. Nos enfrentamos con un poder superior.

— ¿Y qué es lo que tenemos que esperar? Volarán todo el planeta...

— No. No lo harán. Ellos también esperan algo. No sabemos lo que es... Hubieran ya volado el planeta de haber querido... Pero deben necesitar algo o pretender alguna cosa que ignoramos. Por eso es necesario saber primero lo que ellos quieren.

— ¿Y hasta cuándo debemos esperar?

— A que expire el plazo dado al doctor Denko. Mientras tanto, volverás a patrullar. Si recibes un mensaje no comuniques nada a nadie. Ahora tendrás que componértelas tú solo.

— De acuerdo, Robko. Lo haré.

— No puedes anotar nada, cualquier indiscreción ya ves que es castigada severamente.

— Tal vez a mí me respeten.

— ¿Por qué?

— Se me ocurre que... -se interrumpió un momento para

proseguir-: Por una u otra circunstancia ellos necesitan transmitir un mensaje a Denko, y sólo pueden utilizarnos a nosotros… Es decir, ahora sólo a mí… Deben saber que vivo… Y que soy el único intermediario que queda entre ellos y Denko… A mí no pueden matarme, no pueden prescindir de su único intermediario.

— Ojalá tuvieras razón, pero aun así debes andar con mucho cuidado, puesto que de nada serviría mandarte una escuadra de naves para protegerte.

— Déjame ir al planeta, Robko.

— ¿A Orion?

— ¿Adonde si no?

— No. Imposible. No tengo autorización.

— Se trata de un caso de defensa.

— Está bien, pero no puede ser… Ahora tú eres el único que puede ayudarnos… Debes comprenderlo. No corras riesgos inútiles. De ti dependen muchas cosas, quizá incluso nuestro futuro.

— Los oriones deben tener algún fallo. No existe la perfección.

— Puede que ellos la tengan.

— ¡No lo creo! ¡Déjame descubrir su fallo! Ahora sabemos que los rayos les hacen crecer. Debe existir algún medio de hacerles disminuir. O acaso de aniquilarlos. O anularlos. ¡Son piedras!

— No sabemos nada de los otros habitáculos. Únicamente conocemos las formas de vida de nuestros planetas hermanos, Gleka II, Gleka III y Darme, Nuestros sistemas son afines… Pero, ¿y las formas de vida de otros lugares? ¿Por qué tenemos que creer que los humanoides somos la única forma viviente del cosmos? Nosotros llamamos piedra a esos monolitos que son capaces de desarrollarse, de absorber lo que para nuestro organismo no es más que veneno… ¡Es otra forma de vida, Gemy!

* * *

— Es otra forma de vida -repetía el doctor Denko delante del Magnífico.

Robko y Gemy habían sido citados también cuando el doctor se decidió a hablar sin ambages.

Y el Magnífico manifestó:

— Te agradezco, Denko, que no hayas esperado a que se cumpliera el plazo que se te otorgó. Las cosas han llegado demasiado lejos.

— Y yo lo siento, pero no podía hacer nada más…

Necesitaba saber… Sé que estoy en mitad de camino pero es necesario que mis descubrimientos se sepan para que cuando desaparezca alguien pueda estudiar el caso y atajar el mal, si es que ello es posible…

Las palabras de Denko dejaban un amplio campo para la duda, para el pesimismo.

— ¿Por qué tienes que desaparecer, Denko? -inquirió el piloto sin guardar las formas habituales que no permitían entablar conversación con terceras personas en presencia del Magnífico.

En aquella ocasión las reglas estaban de más. Los dignatarios todos estaban igualmente ávidos de noticias, de posibles soluciones al peligro que se cernía sobre todo el habitáculo..

— Porque tiene que ser así. Nos comprometimos los cuatro y debemos cumplir. Es una fuerza superior que nos empuja hacia ellos.

— ¿Dónde estás tus compañeros? -preguntó la grave voz del Magnífico.

— No lo sé. Se nos dijo que recibiríamos un mensaje que no podríamos desoír…

— Pero, ¿quién y cómo les ordenaron tal cosa? -saltó otra vez el piloto.

— El monolito. Lo que trajeron de Orion. Tú y tus compañeros, Gemy -repuso Denko.

— Pero… ¡no puede hablar! -espetó Gemy. También el Magnífico estaba pendiente de las explicaciones de Denko y por ello abundó:

— Vamos, Denko… ¿Cómo se comunicaron con vosotros?

— Es algo que no se puede explicar. Es una fuerza que se impone a nuestros cerebros… Un poder de atracción irresistible, que se ve ayudado por nuestra ansia de saber…

Denko respiró con alguna dificultad y siguió:

— Es un poder avasallador… Es como una transmisión de mente a mente, pero distinta de los poderes conocidos. No basta con decir yo borro los pensamientos de quien acaba de facilitarme un mensaje… No. Es distinto.

— ¿Y qué es lo que dice esa fuerza? -quiso saber el Magnífico.

— Nos habló de un mundo perfecto… Individual.

— ¿Individual? -inquirió el Magnífico.

— Sí. Sin vínculos. Sin familia. Un mundo donde cada ser tiene un poder ilimitado que llega a la perfección.

— A la perfección no puede llegarse por medio de la destrucción -repuso el jefe supremo de los glekos.

— De la forma en que se ven las cosas bajo la influencia de Orion, todo es muy distinto. Gleka sigue una tradición perdida en la noche de los tiempos. Remotos antepasados nuestros se regían por los mismos sistemas de vida, poseían los mismos sentimientos, vivían de la misma manera… Nosotros hemos evolucionado, seguimos sistemas que los habitantes de la era de Marte no podían ni siquiera soñar… Pero en el fondo somos como ellos… Amamos, tentemos hogares y familia.

— ¿Y los de Orion? -inquirió otra vez el Magnífico.

— Han resuelto la vida de otra forma. Saben que los afectos no sirven para nada. La familia crea problemas, y los humanoides nos creamos necesidades.

— ¡Pero ellos son de piedra! -espetó Gemy sin poderse contener.

— Contente, Gemy -pidió el Magnífico-. Dejemos que Denko se explique.

— ¡Señor! -clamó el piloto-. Nosotros no podemos compararnos a las piedras… Y, no son tan perfectas si precisan de nuestros científicos a quienes respetamos como superdotados. Ahí puede residir su fallo. ¡Ellos necesitan algo. Algo que sólo algunos de nosotros podremos darles!

Denko aclaró la cuestión:

— No necesitan nada. Quieren la paz total, y para ello es necesario empezar por la destrucción total. Dejar que florezca una nueva forma de vida. Nosotros, los científicos elegidos, únicamente somos el medio de conseguir la destrucción.

— ¡Denko! Tú no puedes pensar así -espetó el Magnífico incorporándose.

Su robusta figura, magnífica, resplandeciente de prudencia, se elevó desde el estrado donde había permanecido escuchando.

— ¡Denko! -insistió-. ¿No tratarás de convencernos?

— No, gran Magnífico. Jefe de los glekos. No trato de convencerte, porque yo no creo en esto. Me afano en no creer, pero sé que algún alba seré llamado… Gemy, que es el único

superviviente de los intermediarios, me llevará el mensaje… Y yo…, aun en contra de mis propias creencias, tendré que borrárselo de su mente y desapareceré como mis compañeros… Tal vez sea proyectado a Orion por algún extraño método. Ignoro el procedimiento, pero recibiré un mensaje que «tengo que comprender» y todo seguirá el curso que ellos han trazado.

— ¡No es posible hacer algo contra la voluntad propia! -exclamó Gemy.

— ¿Acaso recuerdas el mensaje que entregaste a Dunkan?

Gemy tuvo que admitir que no.

— Ni tus compañeros pudieron recordar jamás los que recibieron para mis colegas.

— Eso es cierto, pero… tú sabes, doctor Denko, lo que va a suceder. ¿Puedes prevenirlo!

— Ya he dicho que no puedo, Gemy. No puedo… No puedo salvarte ni a ti ni a los habitantes de Gleka.

— ¿Y si cuando recibo el mensaje me niego a entregártelo…? -respondió el piloto.

— Acabarían contigo.

— ¡Me necesitan para que te entregue el mensaje! -gritó Gemy triunfante.

— Puede que prescindan de mí… Con mis tres colegas debe bastarles para su labor.

— Una labor destructora, que propugna la eliminación masiva…, que destruye la familia y todo lo establecido.

— Pero ellos son conscientes. Sé que agotarán los recursos para cumplir su palabra.

— ¿Qué palabra?

— La que nos dieron a través de su poder mientras estudiábamos el monolito.

— Entonces -musitó Gemy mirando al Magnífico-, señor, sólo queda un medio. Combatirles. Es un riesgo que debemos correr. Ataquémosles en la inmovilidad de su propio, planeta. Destruyámosles con nuestras armas definitivas…

De nuevo intervino Denko:

— Nuestras armas definitivas, Gemy, sólo conseguirían robustecerles… Acabo de hacer un descubrimiento… Sabía que tenía que luchar si no quería verme absorbido por ellos y lo hice…

Por eso no podía explicar la verdad, pero no me queda tiempo… Sé que se acaba…

Todos se quedaron pendientes de que Denko diera a conocer su descubrimiento.

Entonces habló de lo que Gemy había visto:

— Los rayos que a cualquiera de nosotros, desprovistos de trajes impermeables, podrían ser letales, a ellos les favorecen.

— Es lo que yo vi en tu casa, ¿eh? -terció Gemy: Denko no hizo ni siquiera comentario alguno al hecho de que Gemy hubiese estado espiando.

— Una lluvia de rayos les hace aumentar de volumen.

El Magnífico intervino:

— ¿Cómo conseguiste la materia para el experimento?

— No es más que un trozo del original. Puede cortarse, pero sigue creciendo igual y se reproduce.

— O sea… -intervino Robko-, que si de una de esas piedras hacemos mil…

— Serán mil reproducciones. Es materia que no muere. Crece, siempre crece. Esa es su ventaja…

— ¿Y cómo atacarla entonces? -preguntó el Magnífico.

— Es lo que estudiaba. He agotado las fórmulas. No hay medio.

Se hizo un silencio total. Nadie se atrevía a dar su opinión en una cosa que había quedado bastante clara: un enemigo indestructible.

Denko terminó mirando a Gemy:

— Cuando recibas el mensaje, trataré…, trataré de que no tenga que borrártelo, pero no sé si podré. Una vez estás en manos de ellos, ya no tienes voluntad propia… Si mi ausencia solucionara algo, jamás se volvería a Saber de mí… Pero sé que esto sería inútil… Ahora ya lo sabéis todo. Suerte, Gemy. Y suerte a todos…

Aquellas palabras no dejaban el más leve resquicio para el optimismo.

CAPITULO XV

— ¿Nunca has recibido un mensaje de tu padre?

La pregunta la formuló Gemy a Munia, la hija del primero de los científicos desaparecidos tras la recepción del mensaje.

Era el momento en que el firmamento tenía el azul] más intenso y más brillante, el momento en que las familias se reunían para disponerse al reposo, o que los gelkos jóvenes buscaban compañía del sexo que les complementaba. Varones y hembras.

Munia estaba triste por la desgracia, por la incertidumbre.

— No. Jamás hemos recibido ninguna comunicación desde que desapareció -repuso la joven.

— ¿Os habéis puesto en contacto con alguien?

Ella vaciló antes de contestar.

— Bueno. Últimamente se viene hablando bastante. Los secretos son difíciles de guardar. Y tanto mi madre como yo nos hallamos impacientes…

— Sí. Sé que corren muchos rumores.

— El profesor Kox también ha desaparecido, y otro profesor… que no tenía familia.

— Lo sé.

— ¿Y a qué se debe todo esto?

— Ojalá pudiera darte una respuesta exacta. Todo lo que sé me lo confiaron bajo secreto. Sólo puedo decirte que lucharé con todas mis fuerzas para que las cosas vuelvan a la normalidad,

— ¿Y mi padre? ¿Volverá?

— Tampoco puedo contestarte.

— ¿Dónde está? ¡Calma mi angustia, Gemy!

— Nadie sabe dónde está tu padre.

— ¿Crees que habrá guerra?

— Munia…, me gustaría poder hablar contigo cuando nodo haya

pasado. Cuando mis respuestas puedan ser concretas, porque hablemos de cosas que podamos comprender.

La cogió con los brazos y miró intensamente a aquella joven gleka por la que sentía vivos sentimientos de amor, de aquel estado del cuerpo y del espíritu que unas criaturas graníticas trataban de aniquilar, de destruir…

La abrazó con fuerza.

— Munia, confía en que todos harán lo necesario para que hombres como tu padre no sean jamás esclavos de nadie.

— ¿Esclavos?

— Es un decir. Adiós, Munia. Descansa. Tal vez la nueva alba aporte soluciones. Adiós, Munia.

Y la dejó pensando en aquellas soluciones que nadie era capaz de encontrar.

Pensó también en sus amigos, y luego se dirigió a casa del doctor Denko.

Aquella vez pudo pasar sin necesidad de subterfugios.

Denko le mostró el monolito.

— No me importa que hayas estado aquí, ¿sabes? Tu cumplías una misión, pero éste es un caso que de nada sirve el espionaje, ni las precauciones… ¡Ahí está la clave de todo!

— Doctor…, tú dices que los rayos robustecen a esas piedras…

— Son criaturas: Auténticas criaturas.

— ¿Puedes comunicarte con… ésta?

— Ahora no. Está en fase de desarrollo. Pero no tardará mucho en poseer su poder.

— Denko… Yo no soy científico, pero… pienso que si algo da vida, también debe existir otra cosa que la haga perder.

— Esto ocurre con la clase de vida que nosotros conocemos, pero no en la ignorada.

— Denko…, ¿crees que podrían vivir en el espacio?

— ¿Cómo?

— Si se provocara una explosión en Orion… Si desintegráramos todo ser con vida…

— Entiendo… Pretendes desintegrar Orion.

— Eso es.

— Si ello fuera posible, piloto Gemy, esos cuerpos vagarían por el espacio, pero en el propio espacio se reproducirían y así llegarían

a algún lugar donde la fuerza de atracción les arrastraría y allí crearían otra vida y destruirían. Destruirían… para crear una vida diferente. A su estilo.

— Pero alguien debe dirigirlos.

— No. Son individuales. No dependen de nadie.

— Pero vosotros. Tú…, los que desaparecieron. ¿A quién obedecéis?

— A la fuerza de conjunto. Al poder de penetración que tienen en nuestra mente.

— No puedo entenderlo.

— Créeme, Gemy. Se necesitaría toda una era para estudiar… Si los supervivientes logran encontrar la fórmula, que la utilicen… Si antes toda Gleka no ha desaparecido ya.

— ¿Y cómo pueden hacernos volar?

— Tienen el poder de la antimateria. Transmiten a distancia uno de sus cuerpos…

— Sí. Que es eso…

— Pueden utilizarlo cuando quieran. El choque produce la destrucción total -explicó el doctor.

«¿Es posible que exista algo indestructible?», se preguntaba Gemy de regreso a su residencia.

Miró el firmamento azul intenso, brillante, que permitía pasear o conducir el desplazador sin más luz.

Se fijó en las edificaciones, en la vegetación a lo lejos, fuera del casco habitado por la masa. Todo era perfecto, reinaba el orden. ¿Quién podía destruir todo aquello?

Sin embargo tenía que ser él, precisamente él, quien fuera portador del mensaje final…

Tomó una decisión. Se dirigió a la base y eligió una de las naves. Tenía el combustible para un viaje largo. No se preocupó de buscarse ningún ayudante técnico.

Cuando los guardias de los hangares observaron que uno de los aparatos se dirigía hacia la pista de despegue pidieron explicaciones.

— ¡Identifíquese! No tenemos órdenes de vuelo. ¿Quién gobierna la nave B.B.-47-A? Gemy no contestó. Cuando sonó la emergencia, el piloto ya había puesto; en movimiento la nave y ésta se elevaba rápidamente a la velocidad de escape usual.

Los guardias establecieron comunicación inmediata pero era tarde ya.

Lo único que podía hacerse era perseguir al fugitivo, pero Gemy no tenía la menor intención de dejarse alcanzar.

CAPITULO XVI

— ¡Vamos, Gemy! ¡Regresa a la base! -insistió el jefe de la quinta base, Robko.

Gemy oía perfectamente la transmisión, pero no contestaba a la llamada de emergencia.

— Estás cometiendo una tontería. Tú no puedes arre-par nada solo. No puedes. Regresa…

Al fin Gemy contestó:

— Robko, no volveremos a vernos. Ha sido un placer trabajar a tus órdenes. Sabes que siempre he cumplido. Quizá he sido un poco rebelde. He tenido mis impulsos, que no he sabido refrenar, pero te he hecho quedar bien y he cumplido… Ahora es distinto. Alguien tiene que hacer algo…

— Pero, ¿qué pretendes?

— No tener que traer jamás ese mensaje para Denko.

— Pero…

— No. Escucha tú, Robko. Puesto que he cometido un acto de rebeldía al despegar sin permiso, quiero que seas tú quien me escuches bien…

— Eres un loco. ¡Regresa!

— Gleka necesita a un hombre como Denko. Lo necesita vivo. El podrá estudiar el medio de combatir la amenaza de Orion. Es el único y tiene que vivir… Y, mientras tanto, ya he tomado una decisión. Voy a Orion…

— No estás equipado para este viaje Además, las órdenes son…

— No hay órdenes, Robko. Y tengo lo suficiente en la nave. Lo he comprobado antes de despegar. Traje, escafandra y armas suficientes. No necesitaré más.

— No regresarás de allí. No te has llevado siquiera un ayudante técnico…

— No pienso volver. Estoy seguro que ellos no me dejarán. Adiós, Robko. Voy a cerrar la comunicación. Me acerco a la zona límite. Ya no habrá posible contacto entre nosotros.

— Espera. ¡Mantente!

— Él tiempo apremia, Robko. Tal vez cada segundo tenga más importancia de la que le damos cuando todo es normal.

Cortó definitivamente.

La nave ya no era posible verla desde la base. Robko observó la pantalla del control general. Su ayudante se aproximó.

— La nave iba equipada con un depósito de gas.

— ¿Gas?

— Explosivo.

— ¡Se ha llevado el gas experimental! Se proponía volar Orion! -exclamó Robko.

— Morirá él también. Sólo sobreviviría si lo lanzara a la distancia señalada, pero dudo que sepa manipularlo. Era un arma experimental.

Robko comprendió que ya nada podía hacer.

— Ojalá su sacrificio no sea inútil.

— Podemos perseguirle.

— No. Le conozco. Sé que nada ni nadie le hará desistir de la misión que se ha impuesto a sí mismo.

Siguió la trayectoria simbólica en la gran pantalla de la sala de control.

Un puntito luminoso -su nave- evolucionaba en línea recta hacia las zonas de Orion.

Un hombre solo iba a luchar contra un planeta de criaturas graníticas. De vida desconocida, de seres indestructibles.

— En todas las épocas han habido locos -murmuró el jefe de la quinta base con marcado orgullo-. Locos que se han convertido en héroes porque llevaban el estigma de la valentía dentro de sí. ¡Locos! ¡Así les llamaba la gente que luego les levantó monumentos!

— ¿Qué está diciendo, Robko? -inquirió el ayudante.

— Nada, déjame solo.

— ¿No quieres nada?

— No.

— ¿Te quedarás aquí?

— Sí… Sé que nada puedo hacer para ayudarle. Mancaría a toda

la escuadra si pudiera, pero tengo que atenerme a las órdenes. No puedo exponer la vida de nadie… Me quedaré. Quiero estar por lo menos con el pensamiento junto a este valiente.

CAPITULO XVII

Orion estaba allá abajo.

La.gran mancha roja iba agrandándose.

Entonces surgió la comunicación.

— Mensaje al piloto B.B.-47-A. Mensaje al piloto B.B.-47-A. Retrocede a la base.

— ¿Quién envía el mensaje? -emitió Gemy.

— Procedencia ignorada. Regresa a la base.

— Sea más explícito. Me dirijo a Orion.

— Habla Orion -emitió entonces la señal. Venía en una clave sencilla, y se reflejaba perfectamente en la pantalla-. Regresa a la base. Tienes que entregar un mensaje secreto al doctor Denko.

— ¡Ah! -la faz de Gemy se alegró-. Bien, bien. Podéis transmitir el mensaje.

Tras una pausa la pantalla reflejó la clave habitual, que el piloto retuvo perfectamente en su memoria.

— Transmitir clave Beta, frecuencia Orion, K. Violeta 3934 ángstroms.

Y en la pantalla se repitió la indicación de regresar.

La nave de Gemy describió un círculo para retroceder.

Una nueva transmisión llamó la atención del piloto.

— Mensaje secreto. Transmítelo directamente al doctor Denko o serás aniquilado…

Para sus adentros, Gemy pensó:

«Sólo me alejo para poderlo transmitir, pero no a Denko, sino a la base. Ellos sabrán qué hacer con la clave…»

En la pantalla se repitió nuevamente la advertencia. Gemy desafió el extraño poder.

— Podéis destruirme. A eso he venido, pero Denko jamás recibirá este mensaje… Ya lo habéis oído. ¡Vamos! ¿A qué esperáis?

¡Hacedme volar! -viró la nave de nuevo hacia el planeta y añadió con la voz, aunque contestaba valiéndose de la clave usual que transmitía usando los pulsadores-: Pero tengo que advertiros que mi nave está cargada con una sustancia explosiva, aniquiladora. Cuando se derrame sobre Orion, vuestro planeta quedará desintegrado… Necesitáis tiempo para reproduciros y confío que entonces Denko ya habrá descubierto el medio de aniquilaros…

Tras la transmisión se produjo un compás de espera. Eran momentos decisivos, porque Gemy no dudaba del poder de aquellas criaturas pétreas. Él, Gemy, llevaba dentro de sí cuerpos extraños confundidos en sus células… Auténticos anticuerpos, o antimateria que podía estallar a voluntad, en un momento determinado.

Procuraba mantener toda su serenidad y esperar el último momento con la dignidad con la que siempre había vivido.

El silencio continuaba.

Pensó en lo hermoso de la existencia. En Munia, tantas cosas que ya jamás tendría tiempo de desarrollar.

El silencio proseguía. Gemy seguía sobrevolando en las inmediaciones de Orion, sin entrar aún en su zona de influencia.

Puso en marcha toda la fuerza de escape del aparato. Necesitaba transmitir. Luego volvería. Pero primero transmitiría el mensaje secreto por si con él era posible averiguar algo.

Cuando alcanzó la cota prevista para las transmisiones normales, tomó contacto con la base.

— Transmisión urgente… ¡Robko! ¿Estás ahí?

Ahora utilizaba la voz. La voz angustiada de quien sabe que le falta tiempo para cumplir una misión.

— Robko, Robko.

— ¡Estoy a la escucha, amigo! -espetó la débil voz del jefe desde la base.

— Robko, tengo el mensaje. No debes transmitirlo a Denko. No lo hagas. Utilízalo para lo que creas conveniente. No lo transmitas. Si no todo esto no serviría de nada.

— Sé lo que tengo que hacer, amigo -repuso la voz de Robko, que ya no hablaba como un jefe sino como el compañero entrañable, el ser que se angustia, por la vida de un amigo que le es querido-. Habla, habla, te lo ruego.

Y Gemy transmitió el mensaje integro. Quizá aquellas eran las

últimas palabras de su vida, pero confiaba en que sirvieran de algo.

— ¿Comprendido, Robko?

— Comprendido, Gemy… ¡Suerte! -exclamó, y luego para sí añadió: «La necesitas…»

Robko sabía que el piloto había cometido la mayor imprudencia. Revelar un mensaje secreto procedente de Orion. Aquello era tanto como firmar su sentencia de muerte. Los otros pilotos que lo hicieron habían muerto ya.

¿Por qué esperar que fuera distinta la suerte de Gemy?

Y abajo, en el planeta Orion, en la zona granítica, se estaba debatiendo la vida del piloto.

Y no eran únicamente los monolitos. Había algo más. Algo más…

CAPITULO XVIII

En la superficie de Orion, allá donde todas las cosas adquirían un opaco color violáceo, en apariencia reinaba la más absoluta calma. Más allá, tras la superficie de polvo p las llanuras pedregosas y las suaves colinas, donde se levantaba la zona de las piedras monolíticas, no existía en apariencia ninguna diferencia notable.

Rocas graníticas de formas rectangulares, de distintos tamaños, hubiesen significado para cualquier observador vestigios de antiguas montañas erosionadas por los accidentes del tiempo. Piedras simplemente. Rocas minerales de valor relativo, acaso por coleccionistas de épocas remotas, o material de estudio para científicos del espacio.

La zona continuaba formando un auténtico laberinto de piedra. Monolitos sujetos a la tierra violácea, otros sueltos, algunos en formación.

Luego venía la depresión de la zona y allí se hallaba la bóveda encristalada, impermeable al ambiente. Allí estaban los tres humanoides procedentes de Gleka.

Dunkan, Kox y el profesor Folen, el último de los desaparecidos.

Disponían de un pupitre con una serie de aparatos para controles a distancia.

La cabina abovedada y transparente disponía del sitio justo para los tres.

Era como una dependencia de trabajo de emergencia.

Dunkan fue el que hablaba en aquellos momentos:

— ¡Denko nos ha traicionado! ¡Él estaba con nosotros! ¡Tenemos que hacerle desaparecer!

— Primero hay que atraerlo hacia aquí -repuso Kox.

Folen se pronunció:

— Necesitamos a Gemy. Es el único intermediario.

— ¡Lo es de momento, pero si él muere, el Magnifico mandará más pilotos a Orion! Se organizará una auténtica expedición y entonces podremos contar con muchos intermediarios y nos captaremos más adeptos.

— No soy de la misma opinión -repuso Kox-. Denko está trabajando en buscar la fórmula de destruir Orion.

Si no lo hiciera, el piloto Gemy no estaría enterado de ello. Insisto en que necesitamos a Gemy. Debemos convencerle para que tome contacto con nosotros para una conversación pacífica… Si logramos convencerle y transmitirle el mensaje, Denko no tendrá más remedio que obedecer…

— Debemos contar con ellos -adujo Folen.

— ¡Ellos no pueden autodestruir! Somos nosotros -exclamó Dunkan-. Es nuestro poder el que eliminó a los ayudantes técnicos y a los pilotos que pretendían actuar contra nosotros… ¡Nosotros destruimos las naves de Bretch y de Rebus! Y yo destruí el M-42 de Gemy… Y Kox terminó con el robot de Rebus, y Folen 1 con el de Bretch tras recibir el mensaje…

Fue Kox quien adujo tras un breve intervalo:

— Pero ellos siguen teniendo el poder de captación… Y fueron los monolitos los que introdujeron sus células en los pilotos para que actuaran de intermediarios.

— Cierto -terció Folen-. Su poder de atracción lo hizo todo. Su único fallo radica en su inmovilidad. Ellos no pueden moverse.

— Necesitaban de nosotros -concluyó Dunkan que era quien en todo momento se mostraba más belicoso.

De nuevo fue Folen el que intervino:

— Soy el único de vosotros que no tiene familia. El único a quien realmente podía interesar esa nueva forma de vida… Pero he descubierto que tampoco es perfecta.

— Con nosotros lo será. Ellos nos transmiten sus sistemas… ¿No os dais cuenta de su inteligencia? Tras una pausa añadió:

— Bastó que nos dieran la clave para comunicarnos… Fuimos proyectados. ¡Atraídos! Este ha sido el sueño de todas las épocas. No son necesarios los medios de comunicación en forma de transporte… Un laboratorio, un ser viviente, un objeto…, cualquier cosa puede ser proyectada…

— Reflexiona, Dunkan -repuso Folen-. Reflexiona… Ellos

necesitan intermediarios… ¿Qué ganaremos con permanecer aquí?

— Construir seres nuevos. Criaturas perfectas. No importa su forma…

— No, Dunkan. Es preferible crear monstruos que seres sin sentimientos. Es preferible el sufrimiento, la lucha cotidiana y el ansia de saber, que la indiferencia total… ¡Míralos…!

Señaló el exterior. Allí estaban los monolitos, fijos, estáticos; clavados o no en el suelo, su actitud seguía inmóvil, siempre igual.

— Tienen vida sí, sí. Se desarrollan, poseen un poder de atracción supremo, pero ignoran lo que es la felicidad, Dunkan. Te digo que si yo fuera un miembro de tu familia renegaría de ti.

— ¡Tú! ¡Un ser solitario! ¿Qué sabes tú de la vida? -protestó Dunkan.

— Yo también reniego de mí mismo, por haberme dejado embaucar… Mi única defensa posible es esgrimir el hecho de que fue imposible resistirme… Pero ahora veo claro.

— Entonces trata de salir de aquí.

— Sabes que esto no es posible y ahí está nuestro castigo. Porque el castigo existe. De una forma u otra, lo llames como quieras, pero existe… Sé que voy a ser esclavo de unos seres vivientes que por paradoja carecen de vida… De la auténtica vida…

— ¡Maldito seas! ¡No tienes derecho a ser uno de los nuestros! -espetó Dunkan abalanzándose amenazador hacia su colega.

— ¡Basta! -intervino Kox, que hasta entonces había sido espectador silencioso de la discusión-. ¡Basta! No sé quién tiene razón… Pero peleándonos no hacemos más que dar la razón a los monolitos… Ellos pueden no ser perfectos, pero nosotros dejamos mucho que desear.

— Está bien. ¿Qué dices tú, Kox?-espetó Dunkan. -Estamos aquí y no podemos salir. Cuando se empieza algo, hay que terminarlo.

— Destruyamos a Gemy. ¡Esto es lo primero que hay que hacer! -dijo Dunkan ante el pupitre-. Lo estoy detectando. Se está acercando. Ha llegado a la zona de influencia.

— No… Matándole no haremos más que dar tiempo a Denko. Y Denko es inteligente.

Dunkan apretó los puños.

— Está bien. Seamos razonables con Gemy -dijo entre dientes-. ¡Esperemos que nos aniquile a todos!¡Lleva el gas! Él mismo lo ha

dicho… ¡Y ha venido solo! ¡A destruirnos!

— Déjame el transmisor. Yo mismo hablaré con él -fue la última palabra de Kox,

Al instante el profesor Kox estableció contacto corrí la nave del piloto Gemy. Kox utilizó la voz.

— Tú me conoces, Gemy. Soy Kox. Toma contacto con el planeta. Utiliza la escafandra y el traje. Ven armado si quieres, pero prescinde del gas. Tenemos que hablar contigo. Es un asunto muy trascendente. ¿Puedo confiar en esa tregua?

Gemy no pareció sorprendido,

— ¡Vaya! ¿Este es vuestro escondrijo? Bien… Nunca I me he negado a una conversación amistosa… Pero yo no engaño a nadie. Llevaré el gas conmigo. Si sois víctimas inocentes de las circunstancias tendréis sitio en mi nave, pero tendréis que convencerme de que realmente habéis sido víctimas, porque yo he venido a destruir Orion.

— No lo hagas. Nosotros te daremos buenas razones. Es admirable el riesgo que corres. Seguramente no ignoras que hubiésemos podido volarte.

— ¿Vosotros o esas piedras lisas con cerebro? -bromeó el piloto,

— Ya te lo explicaremos, Gemy. Desciende. Nada te ocurrirá.

Gemy sonrió para sí mientras pensaba: «Me necesitáis vivo. Yo soy el único que os puede llevar hasta Denko y Denko sabe demasiado para dejarle vivo… No podéis destruirle, a menos que…

No. Gemy no era científico, pero tampoco era ningún tonto. Solía razonar con lógica y pensaba, pensaba…

«La clave secreta es el medio de comunicarse con el planeta… Clave Beta. Frecuencia Orion… K. Violeta debe ser el distintivo, luego la longitud en ángstroms… Sí… El medio para llegar… Y tienen que hacerlo desde Orion porque si no…»

Paseó la nave por encima de la superficie.

— ¿Dónde están? -preguntó.

— Poseemos un pequeño laboratorio. Puedes verlo desde la nave. Hay un campo bueno para tomar contacto -repuso la voz de Kox.

Gemy descendió algo más y divisó el laboratorio.

— Sí. Ya os veo -sonrió.

Entonces lo vio todo claro. Ninguno de aquellos tres científicos

había dispuesto de nave alguna para el viaje a Orion… Su desaparición coincidió con la recepción del mensaje. Luego el mensaje era el viaje en sí.

— Habéis viajado por medio de una proyección… Hasta os habéis traído el pequeño laboratorio… -añadió.

— ¡Acabemos con él! -gritó Dunkan dispuesto a pulsar una de las palancas del pupitre-. Lo está averiguando todo…

— No te impacientes, Dunkan.,. Aunque acabes conmigo otros averiguarán la verdad. Te has aliado con criaturas que no son tan perfectas como creías. Temes que encuentren el fallo. ¡Y lo encontrarán!

La mano derecha de Dunkan iba a pulsar la palanca.

Folen se interpuso forcejeando con el doctor.

— Lo siento por ellos. Por tu mujer y tu hija. No eres digno de su bondad ni de su estimación. Están angustiadas por quien no les merece.

Viró el curso de la nave para alejarse, mientras Dunkan y Folen seguían forcejeando. Kox trataba de separarles.

— Esto no servirá de nada. Estaos quietos.

— ¡Es necesario eliminarle…! -gritaba el doctor Dunkan.

— ¡No! ¡Que nos destruyan! No importa que sea él u otros… Esto es una trampa…

Y seguían forcejeando.

Si el doctor conseguía pulsar la palanca, Gemy y la nave estallarían.

Mientras tanto, el piloto se alejaba. Tenía que efectuar una última conexión con Gleka. Su último descubrimiento…

CAPITULO XIX

Cada fracción de tiempo, por insignificante que pudiera parecer ante la inmensidad del cosmos, cobraba una tremenda importancia. Si Gemy llegaba a tiempo de comunicar antes de ser destruido, los glekos tendrían una base más firme para actuar.

La lucha en la cabina de Orion continuaba entre los dos científicos. Peleaban a brazo partido.

Ahora era la mano izquierda de Dunkan la que estaba rozando la palanca. Folen se la sujetó con fuerza impidiéndole que culminara el movimiento que habría sentenciado al piloto.

Jadeaban los dos científicos.

— No toleraré más crímenes…

— Eres un traidor… ¡Como Denko! -espetó Dunkan.

Gemy estaba todavía lejos de la zona precisa para establecer la comunicación.

Kox, en su intento de separar a los dos contendientes, fue a parar contra los mandos del pupitre.

Su cuerpo impulsó uno de los botones y la nave de Gemy sufrió una sacudida. Algo había oscilado, algo que afectaba al sistema de comunicaciones del vuelo.

Gemy no se amedrentó. Sabía que la muerte era su compañera y que podía surgir de improviso. Había sido testigo de aquella lucha que sostenían los dos científicos. Si Dunkan salía vencedor…

— Tengo que llegar…, tengo que llegar… -se repetía a sí mismo en voz alta.

Tenía el transmisor abierto y emitía continuas señales. Un oscilador de ondas indicaba que todavía no había llegado al punto preciso para la conexión y recepción.

¿Cuánto faltaba?

Jamás un viaje había sido menos monótono que aquel. Jamás los

segundos le habían parecido más largos.

Y la lucha seguía en la cabina. De pronto cesó,. Los contendientes quedaron inmóviles, rígidos casi, como si una fuerza invisible les hubiese paralizado los miembros.

Sí. Era en efecto una fuerza. La fuerza que emanaban los monolitos.

Algo les decía:

— Nunca aprenderéis a ser perfectos. Peleáis entre vosotros, que sois de la misma especie. Nunca…, nunca comprenderéis que vuestro sistema de vida es inferior.

No era nadie en concreto el que pronunciaba aquellas palabras. Se trataba simplemente de una idea inculcada. De algo que los tres científicos comprendían perfectamente y aceptaban como ley. Se hallaban convencidos de, su propia impotencia, de su insignificancia ante poderes superiores.

Y aquel poder persuasor seguía:

— Estáis bajo nuestro control. Y sólo nosotros decidimos lo que es necesario hacer. No podemos ejecutar por nuestros medios, pero podemos ordenar. Por eso estáis aquí, para cumplir nuestra voluntad…

Eso era lo que entendían los científicos. Cada uno de aquellos tres cerebros quedaba convencido de aquel súbito pensamiento que les paralizaba la voluntad y negaba otro tipo de ideas. E Aquel breve paréntesis había servido para que Gemy llegara a la zona prevista.

— ¡Robko al habla! -surgió la voz del jefe de la quinta base.

— No tengo tiempo. Pretenden destruirme. Escucha, Robko. El mensaje es, una forma de proyectarse hacia el planeta. Es así como han llegado los científicos. Poseen un pequeño laboratorio y hay divergencias entre ellos.

— ¿Qué más, Gemy?

— No están seguros. Temen que se descubran sus posibles fallos. ¡Tienen que existir! Yo creo más bien que los monolitos les necesitan a ellos. Que Denko averigüe lo que pueda. ¡Otra cosa!

— Te escucho, Gemy.

— El poder de esas criaturas de piedra tiene que ser forzosamente limitado. He recordado de pronto el monolito que trajimos nosotros. El que permanece en la vitrina de los laboratorios

centrales secretos.

— Sí.

— Se ha desarrollado. Es lo que Denko diría un cuerpo adulto… Sin embargo no puede transmitir por sí mismo… ¿Por qué? Yo no conozco la respuesta, pero tiene que existir. Acaso sólo puedan actuar en su propio ambiente. En Orion. Eso también es trabajo de Denko. Adiós, Robko.

— Espera…

— No puedo, Robko. Van a destruirme, lo presiento. Volaré sobre Orion. Si me destruyen, el gas les destruirá a ellos.

— Si pudieras sobrevivir… Trata de parlamentar, gana tiempo. Mandaré una nave con un ayudante técnico para las conexiones a distancia. ¡Gana tiempo! Puede, que sea el que nos haga falta para encontrar la clave.

— Lo intentaré, pero temo que es ya demasiado tarde.

Las palabras de Gemy parecieron proféticas porque en aquellos momentos en los cerebros de los científicos había aparecido otra idea fija e indestructible…

¡Aniquilar al piloto!

Los monolitos no razonaban sobre la conveniencia de atraer o no Denko. Ellos sólo podían hacer esto, influir, ordenar…

Y Gemy se dirigía a toda velocidad hacia Orion. Sin embargo, algo fallaba en el interior de la nave.

Un olor extraño invadía la superficie cerrada. Una de las válvulas del recipiente del gas experimental había saltado, posiblemente a raíz de la sacudida recibida antes.

La presión del líquido gaseoso amenazaba con estallar.

Orion quedaba lejos todavía y Gemy comprendió que jamás podría llegar.

Observó la pantalla donde se reflejaban las incidencias. La línea que marcaba el peligro marchaba en actitud ascendente. Había un punto máximo. Entonces el nuevo líquido gaseoso experimental estallaría.

Gemy pensó esperar hasta el último instante y mientras lo hacía se calaba la escafandra que ajustaba en el cuello de su traje espacial. La línea seguía ascendente.

Y por si el peligro fuese poco, los científicos de Orion sabían ya lo que tenían que hacer. ¡Destruir al piloto y su nave!

Gemy lijó el rumbo convencido de que jamás volvería al planeta, pero la nave acaso sí. Acaso… E Pulsó el botón de la bóveda que abría la salida de emergencia.

Entonces todo sucedió casi al mismo tiempo. Primero fue una tremenda explosión que convirtió la nave en una bola de fuego azulado.

En el espacio infinito era un pequeño puntito que se perdía en la distancia.

En la pantalla de la sala de control de la base quinta de Gleka; Robko miraba consternado la tragedia.

CAPITULO XX

En Gleka los sucesos se sucedían con la velocidad que caracterizaba a sus habitantes al cuidado de la seguridad del planeta.

Los datos que Robko había facilitado al doctor Denko obtuvieron inmediato resultado.

— ¡Debió habérseme ocurrido antes! -clamaba Denko en el estudio de Robko.

— ¿Qué has descubierto?

— ¡Que necesitan su propio ambiente! El poder de esas criaturas de piedra está en su habitáculo: Orion.

— ¿Quieres decir que fuera de su planeta son inofensivos?

— Pueden desarrollarse, pero les falta su poder… Lo tenía ante mis ojos y no he sabido verlo hasta ahora…

— Entonces si destruimos el planeta…

— Fuesen donde fueran crecerán, se desarrollarán, pero carecerán del poder que les otorga su medio ambiente. Es el fenómeno de su luz, algo que habrá que estudiar detenidamente, pero de momento nos basta lo que sabemos… Y no es necesario destruir el planeta. Basta con olvidarlo… Un aviso a todos los habitáculos para advertir del peligro bastará.

— El sacrificio de Gemy no ha sido vano -murmuró Robko.

— ¿Ha… muerto? -preguntó el doctor.

— Su nave ha estallado,… -repuso el jefe de la base.

— ¿Sigues recordando el mensaje?

Robko asintió

— No quiero saberlo, desde luego.

— Es una forma de proyectarse. Ya te lo dije antes.

— Arrójalo de tu mente. Destrúyelo. Este mensaje sólo podría convertir en esclavo a quien lo pusiera en práctica.

— Será considerado como un secreto oficial. Puede que algún día nos sea necesario.

Denko observó la pantalla que reflejaba las incidencias de la que ocupaba la sala central de control.

— ¿Qué es esto?

— La nave que he mandado para ayudar a Gemy.

— ¿Y eso otro? -señaló un puntito apenas perceptible.

— No me había fijado. Puede que se trate de un pequeño obstáculo, de un…

Del control central el ayudante advirtió:

— ¡Robko! Algo emite señales… Observa el puntito en la confluencia de las coordenadas tercera y séptima.

— Lo estoy viendo -repuso extrañado Robko-. Y oigo la señal. Emite en nuestra frecuencia… ¡Es un ser viviente!

En el espacio inmenso, un ser viviente flotaba, Era Gemy. Fue propulsado fuera de la nave en el preciso instante que ésta estallaba. Pero él seguía vivo. ¡Vivo! ¿Qué extraño poder había impedido que fuese víctima de la autodestrucción de su cuerpo?

Estaba vivo, respiraba bajo la escafandra, pero no era más que un náufrago en el cosmos.

Y en el lejano Orion los tres científicos comprendían la gran verdad.

Puede estallar un robot, una máquina, pero jamás un humanoide. Las células introducidas en un cuerpo viviente no pueden destruir ese cuerpo en un ambiente distinto… En Orion tal vez Gemy habría muerto…

En la base quinta, Denko estaba hablando de lo mismo,

— Si Gemy ha saltado podemos considerarle a salvo. Manda las patrullas que sean necesarias, Robko.

— Pero, ¿cómo es posible…? Yo vi a Bretch saltar por los aires en la propia base.

— Conozco el relato. Y ten en cuenta que Bretch no estalló. Fue la nave y el ayudante técnico. Bretch fue alcanzado por la explosión. Este es nuestro gran triunfo, Robko… Los monolitos de Orion nada pueden contra nosotros. Sólo atrayéndonos hacia ellos podrían destruirnos, pero esto ya no lo conseguirán…

* * *

En Orion los tres científicos comprendían su fracaso.

— Os lo dije. Sólo somos esclavos… Gemy no ha muerto. Él podría simbolizar la libertad. Y sé que se salvará… -decía Folen.

— Si hubiera hecho estallar la nave cuando podía… -empezó Dunkan.

— Nunca lamentes haber dejado de destruir a Gemy. ¿Es que todavía no te das cuenta? Esa perfección que querías obtener destruyendo no existe…

— ¡Sí existe! -parecía querer inculcar una voz en la mente de Folen y de sus colegas.

— ¡No, no existe! -clamó el profesor Folen intentando sacudirse aquel yugo invisible que minaba su voluntad-. No existe… No puede existir la perfección al precio de la destrucción… Del mismo modo que no es libertad la que está condicionada a normas despóticas. ¡Como las vuestras!

La lucha de Folen proseguía. Le ahogaba la idea de verse esclavizado y continuó gritando:

— No es perfección lo que buscábamos, sino -ansias de poder;… No puedo seguir aquí, no puedo…

Una fuerza terrible le impulsó a salir a la superficie, pulsando el botón que abría el hueco.

— ¡Estás loco! -gritó Kox.

Folen salió a la superficie exterior, carente de vida excepto para los monolitos.

Le ahogaba el propio ambiente, pero siguió corriendo, huyendo de lo irremediable.

No podía aspirar el oxígeno que faltaba a sus pulmones, y seguía corriendo por entre el laberinto de piedras estáticas, inmóviles.

Cayó al fin llevándose las manos al cuello, falto de aire.

Kox había cerrado el hueco para permanecer amparado por el clima interior del pequeño laboratorio,

— ¡Es un pobre loco! -espetó Dunkan.

— ¿Y nosotros qué somos, Dunkan? El ha dicho la verdad, y Gemy también…

Dunkan calló por primera vez, quizá empezaba a comprender su error, pero entonces una fuerza interior le reclamaba:

— Autodestrucción, autodestrucción…

Kox también había oído lo mismo.

— Tenemos que dominarnos, Dunkan… Él lo ha intentado -y

señaló hacia el cuerpo de Folen, que era sólo una figura inmóvil, muerta-. Él lo ha intentado. Resistamos… Si esta experiencia pudiera servimos de algo.

Pero Dunkan no podía. Sentía aquella voz interior… Aquella persuasión que le impulsaba a obedecer.

«Autodestrucción.»

Jadeaba tratando de luchar, de no volver a someterse a la fuerza tremenda, irresistible…

Su mano avanzaba hacia el botín fatídico. Aquella vez la sentencia había recaído sobre ellos.

Y la mano accionó la palanca.

Un estallido resonó por la superficie del planeta rojo. La llamarada de color violáceo era una insignificancia en la inmensidad de piedras y polvo. Dos científicos ardían entre las piedras. Los mediadores de un sistema de vida, que sólo existía para el mal, habían pagado sus desmesuradas ansias. Los monolitos seguían estáticos, en sus puestos. No eran nada, simple piedra… en apariencia…

CAPITULO XXI

En un punto del cosmos, el piloto en misión de rescate avistaba el cuerpo de Gemy y lo comunicó a través de su ayudante técnico.

— Que utilicen el sistema de vuelo individual de emergencia -aconsejó el profesor Denko a Robko.

El jefe de la base transmitió:

— Una escuadra de naves ha salido hacia donde estáis. Aguantad en el espacio.

— ¿Por qué, Robko? -preguntó extrañado el piloto.

— Ya lo explicaré cuando regreses… A propósito, antes de abandonar la nave, dirígela hacia Orion. Y no olvides graduar el recipiente del líquido gaseoso experimental.

— Sí, Robko.

— Bien, puedes hacerlo. Asegúrate bien del rumbo. Quiero qué la nave llegue hasta Orion.

El piloto asintió y procedió a observar las instrucciones.

Poco después la nave salía disparada automáticamente hacía el planeta rojo. Su único tripulante era el robot.

Cuando el piloto consiguió aproximarse a Gemy utilizando las aletas para los vuelos cortos de emergencia o paseos espaciales, los dos observaban la trayectoria del bólido.

— No entiendo nada -murmuró el primero.

— Yo te lo explicaré mientras esperamos a que lleguen los del rescate.

— ¿Por qué no podía rescatarte yo?

— Porque yo soy un «intermediario».

— ¿Interme… qué?

— Un intermediario entre Orion y nuestro planeta. Utilizándome a mí, podrían destruir la nave y tú y yo quedaríamos hechos pedazos.

— No lo entiendo. De veras.

— Bueno, es una larga historia. Algún día la contarán nuestros nietos y nadie va a creerla. Dirán que eso son fantasías de tiempos pasados. ¡Je, je! Sin embargo, hay una gran verdad, y es que los seres vivientes auténticos somos nosotros…

Hizo una pausa y murmuró;

— Y ahora calla… ¿Has dirigido la nave hacia Orion, no?

— Sí.

— ¿Y llevabas una carga de gas?

— Es lo que me ordenó Robko.

— Desde aquí puede que no podamos ver la explosión, pero tal vez oigamos algo… Silencio.

— ¿Qué hay en ese planeta, Gemy?

— Piedras. Sólo piedras…

— No te creo. ¿Por qué quieren destruir esas piedras?

— Vete a saber,…

— La base es un hervidero de comentarios.

— Sí, sí… Lo imagino, pero… Calla. Ya no puede tardar…

La nave volaba ya sobre la zona de atracción de Orion.

La fuerza misteriosa de los monolitos conectó todo su poder. La nave estalló mientras descendía, actuando el robot como mediador, pero el líquido gaseoso experimental representaba la fuerza desconocida para los monolitos.

Las explosiones se sucedían en cadena. De haber estallado el bólido antes de la zona de atracción, el fuego hubiese flotado en el espacio hasta su extinción, pero ahora tenía un objetivo. El suelo de Orion.

Allí fueron a parar los primeros impactos. La reacción pareció encadenarse produciendo, nuevas explosiones.

El suelo del planeta se agrietó. El polvo emergió como lava de volcán por los aires.

Las colinas se venían abajo y todo el planeta comenzó a temblar.

En el espacio, donde flotaban los dos pilotos, apenas se oía nada. Pero Gemy imaginaba la escena y sonreía.

— Sí… Este será el fin de Orion. Tenía que ser así.

Y allá en la zona violácea comenzaba el desmoronamiento. Orion parecía perder la estabilidad. Los monolitos habían quedado destruidos. La onda expansiva del gas atraía meteoros que se

estrellaban contra la superficie indefensa del habitáculo.

Las rocas se convertían en arena y polvo que salía despedido por los aires.

La destrucción era total. No quedaba piedra en pie. Algo se removió en el interior de la masa roja en el espacio y violácea en el propio terreno.

Un geiser emergió de las entrañas de la tierra. Una profunda grieta se convirtió en corriente de agua, y agua emergió de una profunda sima que subió rápidamente como si tras largas eras de encierro recobrara la libertad. En pocos momentos quedó formado el inmenso lago.

Aquí y allá surgían modificaciones. El planeta perdió de pronto estabilidad y como una enorme nave salió propulsada hacía algún punto.

Su viaje fue realizado a una velocidad de escape que no era posible calcular en los controles normales. Hizo, sin embargo, el recorrido en un ínfimo espacio de tiempo para quedar asentado a la atracción de un astro más poderoso que pareció acogerlo en su sistema.

Orion había perdido su color característico. Todo era azul a su alrededor y las fuentes manaban por doquier. Era ya un nuevo planeta.

El lugar que había ocupado antes seguía mostrando una mancha roja, como si la confluencia de dos galaxias distintas al mezclar sus colores marcaran aquel punto como referencia en el espacio.

EPILOGO

La escuadra de naves había rescatado ya a los dos pilotos. Las felicitaciones y plácemes fueron para Gemy.

— ¿Cómo estás?

— Bueno. Peor podría estar. No lo he pasado mal, gracias a éste -y señaló el piloto que había acudido en primer lugar a rescatarle.

— No tuve tiempo de prepararme para un vuelo de emergencia y permanecí flotando un buen rato, pero cuando llegó el compañero con las aletas de emergencia y el combustible todo fue bien… ¿Qué se sabe de Orion?

— Hemos detectado algo. Pedimos confirmación a la base y Robko ha sido tajante. Orion ha desaparecido.

— ¡Lo hemos conseguido! -exclamó Gemy-. ¿Por qué no vamos a echar un vistazo?

— Bueno. Creo que hoy no se te puede negar nada. Tal vez Robko gruña como de costumbre, pero te has convertido en un héroe. En la base sólo sonaba tu nombre…

La escuadra llegó al antiguo emplazamiento de Orion.

— La pesadilla ha concluido -murmuró Gemy, luego su rostro se ensombreció, Pensaba en Munia. Tendría que darle una mala noticia.

Y mientras las naves regresaban, en un punto de la galaxia, el nuevo planeta surgido de las entrañas de Orion nacía a la vida, a una vida distinta, ausente de criaturas malignas, con oxígeno y medios de vida conocidos por los seres de buena voluntad.

* * *

En la base, tras el abrazo entre Robko y Gemy, el piloto murmuró:

— No me gusta dar malas noticias, pero esto tengo que hacerlo

yo…

— Bien. Tengo redactado el comunicado oficial sobre la muerte de los científicos. Naturalmente, hemos omitido enojosos detalles.

— Es mejor, creo yo. De nada sirve atacar a los muertos. Ellos ya han pagado sus errores. Será un golpe para las familias. Sobre todo para Munia, quería mucho a su padre.

— En todos los hechos siempre hay un punto oscuro que todos preferiríamos olvidar. -Hasta luego, Robko.

— Tú sabrás consolar a Munia. -Lo intentaré.

— ¡Ah! Y no te olvides de la cita que tienes con el gran Magnífico. Quiere imponerte una sanción por tu acto de desobediencia, pero… la compensará con su felicitación personal por tu arrojo.

Poco después, Gemy paseaba al lado de Munia.

Ella había sentido profundamente lo de la muerte de su padre, pero tal como había predicho Robko, Gemy era el ser idóneo para consolarla.

Se perdieron los dos por aquella zona tranquila, casi tropical, del habitáculo Gleka.

Lo pasado era ya historia. Una historia más en los millones con que cuenta la vida del cosmos.

FIN

[1] Un ángstrom equivale a 0,000,0001 milímetros. Es la forma de expresar las longitudes de onda.

[2] Un millón, en el sentido de la distancia en Gleka, equivalía a 190.000 kilómetros del sistema métrico decimal.

[3] Se supone que Alba es el equivalente a un día natural terrestre.